# SUR

REVISTA MENSUAL

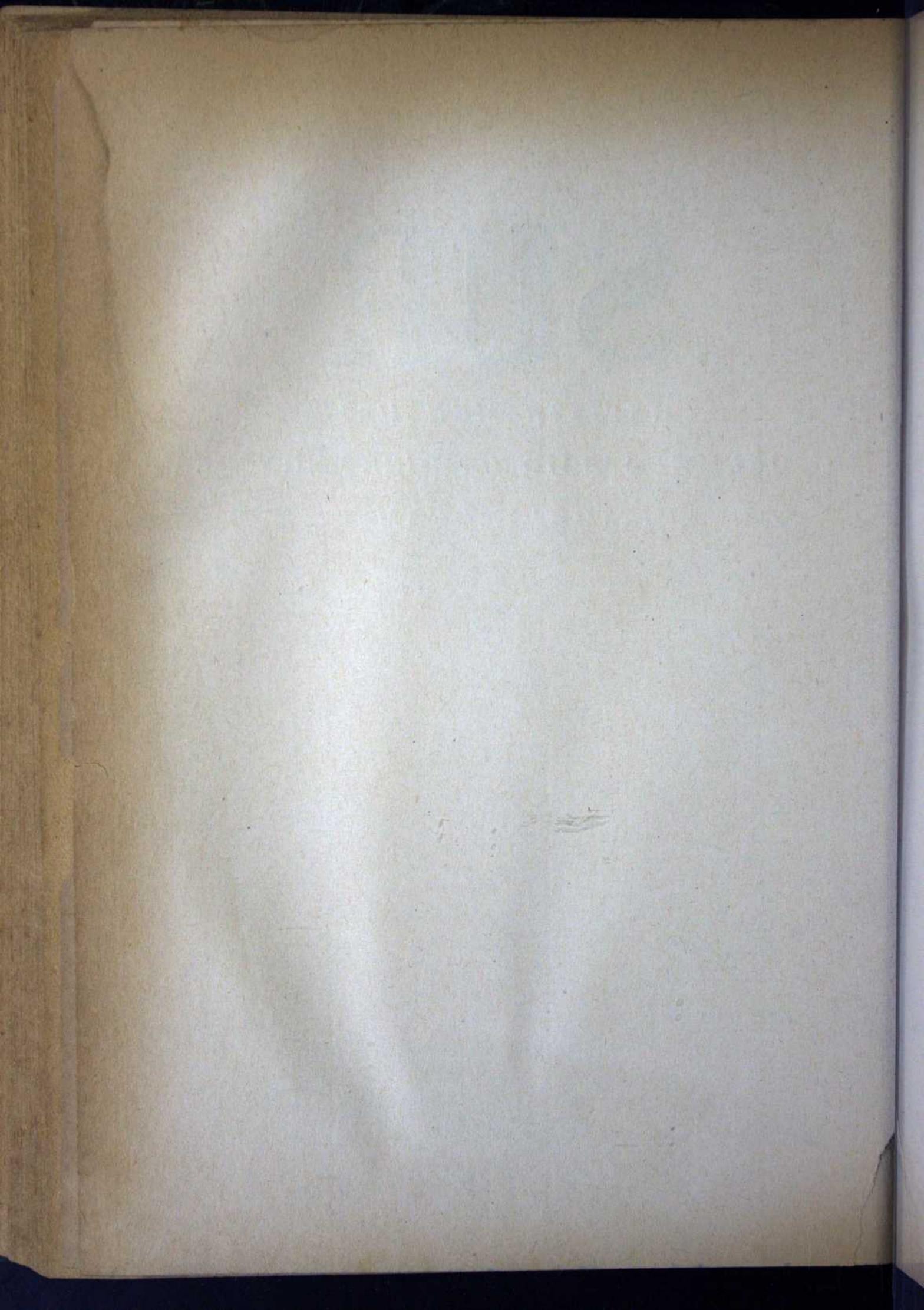
PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE

VICTORIA OCAMPO

FEBRERO DE 1943

AÑO XII

BUENOS AIRES



### SUMARIO

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA ÉGLOGA NOCTURNA

JORGE LUIS BORGES
EL MILAGRO SECRETO

FRANCISCO ROMERO A MUNDI INCUNABULIS

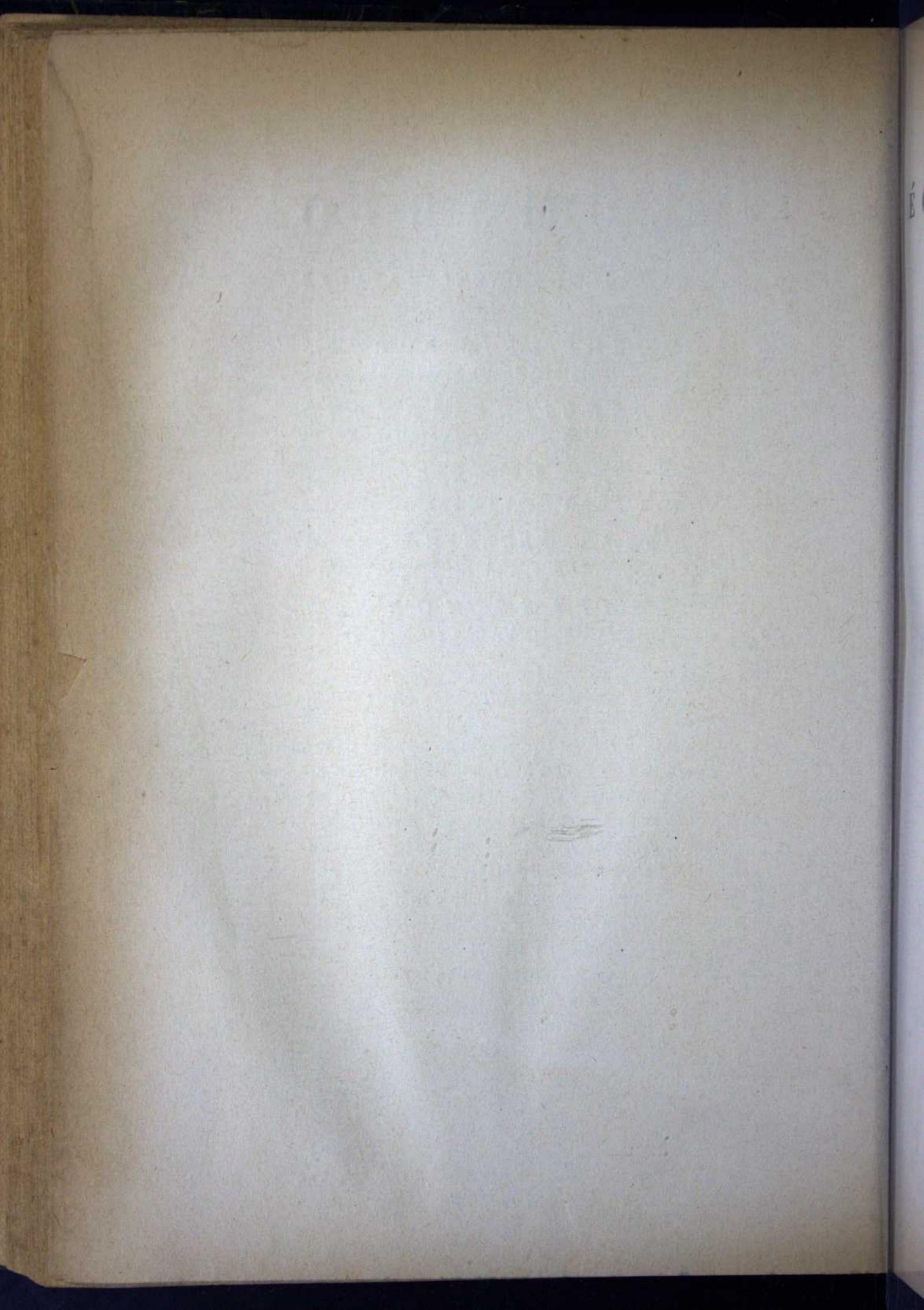
J. R. W I L C O C K
LA TUMBA DE LEANDRO

JUAN G. FERREYRA BASSO
CONVALESCENCIA EN PRIMAVERA

C H A R L E S M O R G A N
EL CUARTO VACÍO (conclusión)

N O T A S

Los Libros & Silvina Ocampo: "Enumeración de la patria", por Jorge Luis Borges & Vicente Barbieri: "La columna y el viento", por Carlos Mastronardi & Leo Ferrero: "Quand les hommes rêvent", por Ernest Ansermet & Francisco Ayala: "El problema del liberalismo", por Aníbal Sánchez Reulet & Luis Alberto Sánchez: "El pueblo en la revolución americana". Louis M. Hacker: "Proceso y triunfo del capitalismo norteamericano", por Arturo Monfort Documentos & Rubén Darío: Sobre Israel CALENDARIO, por Ernesto Sábato.



## ÉGLOGA NOCTURNA

Ven, por aquí es la entrada;
por el inmóvil río
de corriente estrellada:
sigue al silencio mío
por la cóncava noche abovedada
que por su doble senda ensimismada
se va a la oculta patria del rocío.

Calle tu voz en tácita ribera,
depón tu afán pequeño
para ver el milagro que te espera:
como en la primavera
sangra la flor en el enjuto leño,
brota en la noche claridad de sueño.

Sueño en su propia identidad blindado y de obstinadas brumas defendido, vagabundo, perdido, por dentro iluminado buscando al soñador que lo ha soñado.

Ofrécele tu nido

para amparar su claridad pequeña,

y así serás tú mismo quien se sueña.

Verás con qué certeza
es transitable y fácil la espesura,
y a adivinarse empieza
la realidad oscura,
mientras se transfigura
íntima sombra en íntima pureza.

Su recatado canto el agua afina
en la voz que diluye
la penumbra que el duelo disminuye
en su tenue sordina.
¿No sientes que de adentro
su cántico te fluye
y ahora lo escuchas en su propio centro?

La lágrima obstinada de la insistente gota desvelada, en su lenguaje parco nos describe la Nada,
y aumenta el negro charco
la esperanza que muere desangrada.

Mas encerrado el árbol en sí mismo,
la densa soledad que le rodea
su intimidad moldea.

Honda clausura en vegetal mutismo
acalla toda tentación de idea.

Y la rama tantea
—raíz del aire— el estrellado abismo.

De palpable tiniebla circuída
la palpitante rosa
calla su rojo borbollón de vida,
—brasa en puño escondida—
y es su acendrada lumbre silenciosa
corazón de la noche generosa.

¡Con qué interior lamento que a traducir no alcanza su sentido, mueve el callado viento el ramaje dormido
y en su inaudible acento
sueña apretada la tibiez del nido!

Qué prodigiosamente
se encuentra con sí misma cada cosa:
la luz en la luciérnaga se posa,
luego, tímidamente
en su interior la oculta pudorosa.
Se adormece perfecto
el silencio en el canto del insecto.

Es el preciso instante en que desnuda muéstrase la vida de su fugacidad arrepentida; sorpréndela en su gruta de diamante doblemente mullida de musgo y sombra, y déjame que cante:

"La mística fragancia
que de tu seno virgen se levanta,
y el ruiseñor que canta
en la distancia,
y el trémulo rumor del arroyuelo
que lleva en sus tinieblas las del cielo,"

"La paz estremecida

de duras voces y rumores tiernos,
los clamores eternos

de la vida
que amortigua tu líquido silencio
en cuya fresca margen me aquerencio,"

"Las estrellas fugaces
de vivientes parábolas calladas,
de arder enamoradas
tan capaces,
sin que la inmóvil calma se estremezca
ni el alma que las mira las merezca,"

"La tiniebla creciente
que sólo por luceros desmentida
mana ininterrumpida
de tu fuente,
hasta que colma con su llanto oscuro
los valles del pasado y del futuro,"

"Primicias y despojos son del tiempo abolido de los muertos y el tiempo de los ojos aún no abiertos: nocturna Eternidad, virgen prudente: ¡qué alejada del mísero presente!"

Más allá de mi cántico y mi ruego la noche persistía sin alterar su límpido sosiego. Ya viste que callado me ofrecía su Cruz el Sur, Orión su simetría y Aldebarán, su lágrima de fuego.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

#### EL MILAGRO SECRETO

The story is well known of the monk who, going out into the wood to meditate, was detained there by the song of a bird for three hundred years, which to his consciousness passed as only one hour.

NEWMAN: A grammar of assent, note III.

La noche del catorce de marzo de 1939, en un departamento de la Zeltnergasse de Praga, Jaromir Hladík, autor de la inconclusa tragedia Los enemigos, de una Vindicación de la eternidad y de un examen de las indirectas fuentes judías de Jakob Boehme, soñó con un largo ajedrez. No lo disputaban dos individuos sino dos familias ilustres; la partida había sido entablada hace muchos siglos; nadie era capaz de nombrar el olvidado premio, pero se murmuraba que era enorme y quizá infinito; las piezas y el tablero estaban en una torre secreta; Jaromir (en el sueño) era el primogénito de una de las familias hostiles; en los relojes resonaba la hora de la impostergable jugada; el soñador corría por las arenas de un desierto lluvioso y no lograba recordar las figuras ni las leyes del ajedrez. En ese punto, se despertó. Cesaron los estruendos de la lluvia y de los terribles relojes. Un ruido acompasado y unánime, cortado por algunas voces de mando, subía de la Zeltnergasse. Era el amanecer; las blindadas vanguardias del Tercer Reich entraban en Praga.

El diecinueve, las autoridades recibieron una denuncia; el mismo diecinueve, al atardecer, Jaromir Hladík fué arrestado. Lo condujeron a un cuartel aséptico y blanco, en la ribera opuesta del Moldau. No pudo

levantar uno solo de los cargos de la Gestapo: su apellido materno era Jaroslavski, su sangre era judía, su estudio sobre Boehme era judaizante, su firma dilataba el censo final de una protesta contra el Anschluss. En 1928, había traducido el Sepher Yezirah para la editorial Hermann Barsdorf; el efusivo catálogo de esa casa había exagerado comercialmente el renombre del traductor; ese catálogo fué hojeado por Julius Rothe, uno de los jefes en cuyas manos estaba la suerte de Hladík. No hay hombre que, fuera de su especialidad, no sea crédulo; dos o tres adjetivos en letra gótica bastaron para que Julius Rothe admitiera la preeminencia de Hladík y dispusiera que lo condenaran a muerte, pour encourager les autres. Se fijó el día veintinueve de marzo, a las nueve a. m. Esa demora (cuya importancia apreciará después el lector) se debía al deseo administrativo de obrar impersonal y pausadamente, como los vegetales y los planetas.

El primer sentimiento de Hladík fué de mero terror. Pensó que no lo hubieran arredrado la horca, la decapitación o el degüello, pero que morir fusilado era intolerable. En vano se redijo que el acto puro y general de morir era lo temible, no las circunstancias concretas. No se cansaba de imaginar esas circunstancias: absurdamente procuraba agotar todas las variaciones. Anticipaba infinitamente el proceso, desde el insomne amanecer hasta la misteriosa descarga. Antes del día prefijado por Julius Rothe, murió centenares de muertes, en patios cuyas formas y cuyos ángulos fatigaban la geometría, ametrallado por soldados variables, en número cambiante, que a veces lo ultimaban desde lejos; otras, desde muy cerca. Afrontaba con verdadero temor (quizá con verdadero coraje) esas ejecuciones imaginarias; cada simulacro duraba unos pocos segundos; cerrado el círculo, Jaromir interminablemente volvía a las trémulas vísperas de su muerte. Luego reflexionó que la realidad no suele coincidir con las previsiones; con lógica perversa infirió que prever

un detalle circunstancial es impedir que éste suceda. Fiel a esa débil magia, inventaba, para que no sucedieran, rasgos atroces; naturalmente, acabó por temer que esos rasgos fueran proféticos. Miserable en la noche, procuraba afirmarse de algún modo en la sustancia fugitiva del tiempo. Sabía que éste se precipitaba hacia el alba del día veintinueve; razonaba en voz alta: Ahora estoy en la noche del veintidós; mientras dure esta noche (y seis noches más) soy invulnerable, inmortal. Pensaba que las noches de sueño eran piletas hondas y oscuras en las que podía sumergirse. A veces anhelaba con impaciencia la definitiva descarga, que lo redimiría, mal o bien, de su vana tarea de imaginar. El veintiocho, cuando el último ocaso reverberaba en los altos barrotes, lo desvió de esas consideraciones abyectas la imagen de su drama Los enemigos.

Hladík había rebasado los cuarenta años. Fuera de algunas amistades y de muchas costumbres, el problemático ejercicio de la literatura constituía su vida; como todo escritor, medía las virtudes de los otros por lo ejecutado por ellos y pedía que los otros lo midieran por lo que vislumbraba o planeaba. Todos los libros que había dado a la estampa le infundían un complejo arrepentimiento. En sus exámenes de la obra de Boehme, de Abenesra y de Fludd, había intervenido esencialmente la mera aplicación; en su traducción del Sepher Yezirah, la negligencia, la fatiga y la conjetura. Juzgaba menos deficiente, tal vez, la Vindicación de la eternidad: el primer volumen historia las diversas eternidades que han ideado los hombres, desde el inmóvil Ser de Parménides hasta el pasado modificable de Hinton; el segundo niega (con Francis Bradley) que todos los hechos del universo integran una serie temporal. Arguye que no es infinita la cifra de las posibles experiencias del hombre y que basta una sola "repetición" para demostrar que el tiempo es una falacia... Desdichadamente, no son menos falaces los argumentos que demuestran esa falacia; Hladík solía recorrerlos con cierta desdeñosa

b

睛

ott.

perplejidad. También había redactado una serie de poemas expresionistas; éstos, para confusión del poeta, figuraron en una antología de 1924 y no hubo antología posterior que no los heredara. De todo ese pasado equívoco y lánguido quería redimirse Hladík con el drama en verso Los enemigos. (Hladík preconizaba el verso, porque impide que los espectadores olviden la irrealidad, que es condición del arte).

Este drama observaba las unidades de tiempo, de lugar y de acción; transcurría en Hradcany, en la biblioteca del barón de Roemerstadt, en una de las últimas tardes del siglo diecinueve. En la primera escena del primer acto, un desconocido visita a Roemerstadt. (Un reloj da las siete, una vehemencia de último sol exalta los cristales, el aire trae una apasionada y reconocible música húngara). A esta visita siguen otras; Roemerstadt no conoce las personas que lo importunan, pero tiene la incómoda impresión de haberlos visto ya, tal vez en un sueño. Todos exageradamente lo halagan, pero es notorio - primero para los espectadores del drama, luego para el mismo barón— que son enemigos secretos, conjurados para perderlo. Roemerstadt logra detener o burlar sus complejas intrigas; en el diálogo, aluden a su novia, Julia de Weidenau, y a un tal Jaroslav Kubin, que alguna vez la importunó con su amor. Este, ahora, se ha enloquecido y cree ser Roemerstadt... Los peligros arrecian; Roemerstadt, al cabo del segundo acto, se ve en la obligación de matar a un conspirador. Empieza el tercer acto, el último. Crecen gradualmente las incoherencias: vuelven actores que parecían descartados ya de la trama; vuelve, por un instante, el hombre matado por Roemerstadt. Alguien hace notar que no ha atardecido: el reloj da las siete, en los altos cristales reverbera el sol occidental, el aire trae una apasionada música húngara. Aparece el primer interlocutor y repite las palabras que pronunció en la primera escena del primer acto. Roemerstadt le habla sin asombro; el espectador entiende que Roemerstadt es el miserable Jaroslav Kubin. El drama no ha ocurrido: es el delirio circular que interminablemente vive y revive Kubin.

Nunca se había preguntado Hladík si esa tragicomedia de errores era baladí o admirable, rigurosa o casual. En el argumento que he bosquejado intuía la invención más apta para disimular sus defectos y para ejercitar sus felicidades, la posibilidad de rescatar (de manera simbólica) lo fundamental de su vida. Había terminado ya el primer acto y alguna escena del tercero; el carácter métrico de la obra le permitía examinarla continuamente, rectificando los hexámetros, sin el manuscrito a la vista. Pensó que aun le faltaban dos actos y que muy pronto iba a morir. Habló con Dios en la oscuridad: Si de algún modo existo, si no soy una de tus repeticiones y erratas, existo como autor de Los enemigos. Para llevar a término ese drama, que puede justificarme y justificarte, requiero un año más. Otórgame esos días, Tú de quien son los siglos y el tiempo. Era la última noche, la más atroz, pero diez minutos después el sueño lo anegó como un agua oscura.

101

6.0

61

SO

las

100

s ol

103

de

Seg

eng

Est

pm

Hacia el alba, soñó que se había ocultado en una de las naves de la biblioteca del Clementinum. Un bibliotecario de gafas negras le preguntó: ¿Qué busca? Hladík le replicó: Busco a Dios. El bibliotecario le dijo: Dios está en una de las letras de una de las páginas de uno de los cuatrocientos mil tomos del Clementinum. Mis padres y los padres de mis padres han buscado esa letra; yo me he quedado ciego buscándola. Se quitó las gafas y Hladík vió los ojos, que estaban muertos. Un lector entró a devolver un atlas. Este atlas es inútil, dijo, y se lo dió a Hladík. Éste lo abrió al azar. Vió un mapa de la India, vertiginoso. Bruscamente seguro, tocó una de las mínimas letras. Una voz ubicua le dijo: El tiempo de tu labor ha sido otorgado. Aquí Hladík se despertó.

Recordó que los sueños de los hombres pertenecen a Dios y que Maimónides ha escrito que son divinas las palabras de un sueño, cuando son distintas y claras y no se puede ver quien las dijo. Se vistió; dos soldados entraron en la celda y le ordenaron que los siguiera.

Del otro lado de la puerta, Hladík había previsto un laberinto de galerías, escaleras y pabellones. La realidad fué menos rica: bajaron a un traspatio por una sola escalera de fierro. Varios soldados —alguno de uniforme desabrochado— revisaban una motocicleta y la discutían. El sargento miró el reloj: eran los ocho y cuarenta y cuatro minutos. Había que esperar que dieran las nueve. Hladík, más insignificante que desdichado, se sentó en un montón de leña. Advirtió que los ojos de los soldados rehuían los suyos. Para aliviar la espera, el sargento le entregó un cigarrillo. Hladík no fumaba; lo aceptó por cortesía o por humildad. Al encenderlo, vió que le temblaban las manos. El día se nubló; los soldados hablaban en voz baja como si él ya estuviera muerto. Vanamente, procuró recordar a la mujer cuyo símbolo era Julia de Weidenau...

El piquete se formó, se cuadró. Hladík, de pie contra la pared del cuartel, esperó la descarga. Alguien temió que la pared quedara maculada de sangre; entonces le ordenaron al reo que avanzara unos pasos. Hladík, absurdamente, recordó las vacilaciones preliminares de los fotógrafos. Una pesada gota de lluvia rozó una de las sienes de Hladík y rodó lentamente por su mejilla; el sargento vociferó la orden final.

Taris

símbo

gina algin clartel

de la care

El universo físico se detuvo.

Las armas convergían sobre Hladík, pero los hombres que iban a matarlo estaban inmóviles. El brazo del sargento eternizaba un ademán inconcluso. En una baldosa del patio una abeja proyectaba una sombra fija. El viento había cesado, como en un cuadro. Hladík ensayó un grito, una sílaba, la torsión de una mano. Comprendió que estaba paralizado. No le llegaba ni el más tenue rumor del impedido mundo.

Pensó estoy en el infierno, estoy muerto. Pensó estoy loco. Pensó el tiempo se ha detenido. Luego reflexionó que en tal caso, también se hubiera tenido su pensamiento. Quiso ponerlo a prueba: repitió (sin mover los labios) la misteriosa cuarta égloga de Virgilio. Imaginó que los ya remotos soldados compartían su angustia; anheló comunicarse con ellos. Le asombró no sentir ninguna fatiga, ni siquiera el vértigo de su larga inmovilidad. Durmió, al cabo de un plazo indeterminado. Al despertar, el mundo seguía inmóvil y sordo. En su mejilla perduraba la gota de agua; en el patio, la sombra de la abeja; el humo del cigarrillo que había tirado no acababa nunca de dispersarse. Otro "día" pasó, antes que Hladík entendiera.

1 005

面色

ipp.

de la

retin

inds.

nie que

sels

otte

wh

仙龙

meria.

自由

MIS &

面的信

Un año entero había solicitado de Dios para terminar su labor: un año le otorgaba su omnipotencia. Dios operaba para él un milagro secreto: lo mataría el plomo germánico, en la hora determinada, pero en su mente un año transcurriría entre la orden y la ejecución de la orden. De la perplejidad pasó al estupor, del estupor a la resignación, de la resignación a la súbita gratitud.

No disponía de otro documento que la memoria; el aprendizaje de cada hexámetro que agregaba le impuso un afortunado rigor que no sospechan quienes aventuran y olvidan párrafos interinos y vagos. No trabajó para la posteridad ni aún para Dios, de cuyas preferencias literarias poco sabía. Minucioso, inmóvil, secreto, urdió en el tiempo su alto laberinto invisible. Rehizo el tercer acto dos veces. Borró algún símbolo demasiado evidente: las repetidas campanadas, la música. Ninguna circunstancia lo importunaba. Omitió, abrevió, amplificó; en algún caso, optó por la versión primitiva. Llegó a querer el patio, el cuartel; uno de los rostros que lo enfrentaban modificó su concepción del carácter de Roemerstadt. Descubrió que las arduas cacofonías que alarmaron tanto a Flaubert son meras supersticiones visuales: debilida-

des y molestias de la palabra escrita, no de la palabra sonora... Dió término a su drama: no le faltaba ya resolver sino un solo epíteto. Lo encontró; la gota de agua resbaló en su mejilla. Inició un grito enloquecido, movió la cara, la cuádruple descarga lo derribó.

Jaromir Hladík murió el veintinueve de marzo, a las nueve y dos minutos de la mañana.

JORGE LUIS BORGES

#### A MUNDI INCUNABULIS

APUNTES SOBRE LAS PRIMERAS HISTORIAS DE LA FILOSOFIA

Las primeras historias de la filosofía son del siglo XVII. Cualquiera que sea su valor, a veces muy alto y aun inapreciable para la reconstrucción del proceso del pensamiento filosófico, los escritos anteriores que nos traen informaciones y críticas sobre filósofos y doctrinas no son historias propiamente dichas. En 1655 aparecen la de Stanley 1 y la de Horn 2, la primera circunscrita a la filosofía antigua, la segunda extendida hasta los tiempos del autor, quien se pone así a la cabeza de quienes procuran ofrecer el cuadro completo del pensamiento filosófico. Al parecer, Horn recoge las incitaciones contenidas en el De Dignitate, de Bacon 3, a quien nombra en el prefacio. La cuestión de los orígenes filosóficos está afrontada a conciencia en su libro: acude a buscarlos nada menos que en el primer hombre 4: "Creo que Adán, antes de su caída, estuvo adornado no tan sólo de todas las cualidades y de todos los conocimientos que perfeccionan el alma, sino que aun después de ella conservó algunos residuos de su primera sabiduría. Teniendo siempre presente la idea de lo que había perdido, su corazón se hallaba violentamente agitado por el deseo de restablecer en sí los conocimientos que la culpa le había quitado y disipar las tinieblas que se los ocultaban. Este deseo le obligó a aplicarse toda la vida al estudio de la naturaleza y a elevarse a los conocimientos más sublimes; y aun se puede creer que no dejaría a sus hijos ignorar la mayor parte de sus descubrimientos,

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Thomas Stanley, The History of Philosophy: containing The Lives, Opinions, Actions and Discourses of the Philosophers of every Sect. London, 1655.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Historiæ philosophicæ libri septem, quibus de origine, successione, sectis et vita philosophorum ab orbe condito ad nostram ætatem agitur. Lugduni Batavorum, 1655 (Bréhier da 1645).

<sup>3</sup> Lib. II, cap. IV.

<sup>4</sup> No he visto el libro de Horn. Utilizo los pasajes que transcribe, quizás libremente, Lapeña, en obra citada más adelante, I, págs. 31 y 32.

pues vivió con ellos largo tiempo... Si no hubiera sido físico Adán, ¿cómo hubiese podido poner a todos los animales los nombres, que según la opinión de algunos explicaban su naturaleza? De aquí ha sacado Eusebio una prueba respecto a la lógica de Adán. Por lo que toca a las matemáticas, no se puede dudar que las supo, porque a no saberlas, ¿cómo hubiera podido hacerse de vestir con pieles, construirse una casa, observar el movimiento de los astros y arreglar los años conforme a la carrera del Sol? Por último, lo que no deja la menor duda de que Adán fué habilísimo filósofo es que escribió varios libros, que contenían los preciosos conocimientos que había adquirido con su incesante trabajo. Es verdad que los libros que se le atribuyen a Adán son apócrifos o se han perdido; pero no importa. No se le hubieran atribuído a Adán si la tradición no hubiera conservado los títulos de los libros auténticos, de los cuales fué verdadero autor". La inclinación filosófica perduró, según Horn, en la primera familia: Caín fué fundador de una secta filosófica, y se le atribuyen las primeras semillas del ateísmo y del epicureísmo. — Pónganse en un extremo estas ingenuas páginas de Horn, y en el otro libros como el tratado de Windelband o el Ueberweg, y se tendrá una impresión del largo y trabajoso camino que ha sido necesario recorrer hasta llegar al cuadro histórico del pensamiento filosófico tal como está hoy a nuestra disposición.

El siglo XVIII abunda en historias de la filosofía. La de Deslandes <sup>1</sup>, la primera escrita en francés, es de 1737, y en ella hay la confesada pretensión de superar la habitual galería de doctrinas inconexas; se aspira a reemplazar la historia de las "sectas" —como se decía en la época— por un cuadro más orgánico en el que se persigan y destaquen las conexiones y trasmisiones, y aun la marcha necesaria del pensamiento. "La historia de la filosofía puede en cierto modo ser considerada como la historia misma del espíritu humano, o por lo menos como la historia de aquello en que el espíritu humano ha alcanzado los más elevados puntos de vista". El pasado debe ser estudiado no sólo con amplitud y tolerancia, con un sentido exacto de las épocas, sin aplicarle nuestras concepciones ni criterios modernos, sino también con reverencia y respeto, reconociendo en él los remotos orígenes de nuestras ideas, las primeras y difíciles

<sup>1</sup> Histoire critique de la philosophie, où l'on traite de son origine, de ses progrès et des diverses révolutions qui lui sont arrivées jusqu'a notre temps. Amsterdam, 1737 los tres primeros volúmenes y el cuarto en 1756.

elaboraciones, y agradeciéndole tantas enseñanzas, entre las cuales no figuran en último término los errores cometidos, por cuyo ejemplo podemos nosotros ahora evitar otros semejantes. Pese a todas estas buenas intenciones, el libro en sí no señala un nivel muy alto en comprensión histórico-filosófica; más que a ellas Deslandes se mantuvo fiel a su carácter y a algunas de las desagradables maneras del espíritu de su época. El escepticismo sensual y ligero del hombre que comenzó su carrera de escritor con unas Réflexions sur les grands hommes qui sont morts en plaisantant, no era el instrumento más adecuado para aquella interpretación innovadora prometida por él en cierto modo, que, junto con el propio valor y significación de cada creación filosófica, apreciara la dignidad del ininterrumpido esfuerzo del espíritu humano hacia la verdad. La obra se cierra con un extraño apéndice en prosa y verso, confesiones y recomendaciones sorprendentes en tal lugar y poco menos curiosas para el lector actual que las disquisiciones de Horn sobre la bibliografía de Adán. No me resisto a copiar un par de estrofas de muestra:

"En bonne compagnie
On peut s'oublier quelquefois.
Buvons par fantaisie,
Mais n'aimons jamais que par choix.

D'une Beauté novice Qu'en passant on cueille la fleur. Si c'est par un caprice, C'est toujours un moment flatteur".

No había terminado Deslandes de publicar su obra, cuando, en 1742-44, apareció la extensa *Historia crítica de la Filosofía*, escrita en latín por el alemán Brucker <sup>1</sup>, la más importante del siglo. Mientras que Deslandes, funcionario de la marina, paseó su curiosidad intelectual por campos muy diversos y escribió sobre los asuntos más dispares, Brucker era un especialista, un pastor consa-

<sup>1</sup> Historia critica philosophiæ a mundi incunabulis ad nostram ætatem perducta. Lipsiæ, 1742-44, en 5 volúmenes. Institutiones historiæ philosophicæ. Lispsiæ, 1747.

grado al estudio de la filosofía, y llevaba publicados varios trabajos sobre ella cuando dió su obra fundamental, a la que debía seguir años más tarde un compendio o manual —las Institutiones— varias veces reimpreso y de uso corriente en las Universidades alemanas hasta la aparición del manual de Tennemann (1812). Los críticos coetáneos, y entre ellos los Enciclopedistas, saludaron con elogio casi unánime la obra; entre los pocos discrepantes estuvo -et pour cause-Deslandes, quien probablemente veía en Brucker un temible competidor y se expidió sobre él en el cuarto volumen de su Historia, acusándole de falta de discernimiento y de desmesurada e inútil profusión, y calificando al libro de "compilación indigesta". La obra de Brucker posee los requisitos de una obra científica, enorme erudición y una preocupación crítica indudable, bien que por desgracia desfallezca con frecuencia por las limitaciones del autor -su escaso sentido filosófico ante todo—, la magnitud de la empresa y la situación histórica; su prestigio se mantuvo largamente, sobre todo como abundante repertorio de materiales, y los primeros historiadores del siglo siguiente, sin omitir los reparos, hablan de ella con respeto. "Brucker —escribe Degerando en los primeros años del siglo XIX— será siempre el primer guía, el guía necesario de todos los que emprendan este género de estudios, y ha adquirido un derecho perenne a su reconocimiento". Tenneman, algunos años después, juzgaba todavía aprovechable el libro por la laboriosa acumulación documental y su valoración, y principalmente por la parte biográfica, pero anota de paso su carencia de espíritu filosófico.

La Historia de Brucker pretendía agotar la materia. Fines muy distintos perseguía la Histoire abrégée de la Philosophie, publicada por Formey en 1760. Formey, secretario perpetuo de la Academia de Berlín, era fervoroso admirador de Brucker, a quien se atiene en lo esencial. Amigo de los Enciclopedistas, fué en cierto modo precursor de su empresa, como lo atestigua D'Alembert en el Discurso Preliminar: "Este ilustre académico había meditado un diccionario poco más o menos como el nuestro, y nos ha sacrificado generosamente la parte que había realizado..." Aprovechando la difusión de la lengua francesa, quiso dar en ella un sucinto resumen de fácil lectura, al paso que censuraba con acritud el libro de Deslandes, el único hasta entonces en ese idioma. — Al siglo XVIII debe asignarse también el Ensayo sobre la historia de la filosofía desde el principio del mundo hasta nuestros días, publicado en 1806-7 por Tomás Lapeña, canónigo

de Burgos, libro sin otro particular mérito que ser el primero de su especie escrito en español, en el cual se hallan un buen sentido y una diligencia que compensan los defectos naturales en obra concebida y llevada a término en lugar tan distante de los centros de la cultura europea, y donde por fuerza habían de escasear así los estímulos intelectuales como los recursos bibliográficos. El Ensayo ha de considerarse como el último documento de la etapa a que me voy refiriendo; se cometería notoria injusticia al juzgarlo en parangón con las historias que en los primeros años del siglo XIX aparecían en otras partes de Europa, influídas y aun determinadas por sucesos intelectuales que de ninguna manera pudieron llegar a conocimiento del canónigo de Burgos, y que iniciaban una nueva época en la historiografía filosófica.

Los escritos que brevemente acabo de reseñar ejemplifican bien el grupo al cual pertenecen, el de la historiografía filosófica del siglo XVIII en su tramo principal, y excluído por tanto el declive del siglo, en el que poco a poco se impone un tono muy distinto. Salta ante todo a la vista en estos libros la preponderancia del interés erudito sobre el histórico-filosófico. Más que otra cosa, son colecciones de hechos, y con frecuencia se estima ante todo en esos hechos el valor de curiosidad; domina todavía en parte el criterio de apreciar las doctrinas como el conjunto de las opiniones de ciertos hombres notables. La crítica se aplica sin duda a las fuentes tradicionales y documentales, pero el propósito principal es la recolección y primera ordenación de informaciones, la primera vasta acumulación de materiales, cuya masa se procurará luego poco a poco, a partir del período siguiente, estructurar en edificaciones armónicas. Con todo, la elaboración crítica de los datos es considerable, y sólo tal discriminación permitió separar en cantidad apreciable lo cierto de lo fabuloso y fijar por primera vez los contornos de tesis y sistemas, y hasta definir ciertas líneas de derivación, por todo lo cual puede considerarse este período -particularmente en mérito al aporte de Brucker- como el de la fundación de la historia de la filosofía.

SL

Lo dicho ha de tenerse en cuenta de continuo para no caer en severidades de juicio fuera de lugar, porque mientras las conquistas positivas de aquella época quedan anegadas en la abundancia de las adquisiciones posteriores, en cambio sus lagunas y deficiencias son cada día más visibles y hasta resultan inexplicables para quienes, cómodamente establecidos en los resultados de una prolongada labor cuyo proceso olvidan o ignoran, las contemplan sin una noción clara del trabajoso hacerse de la cultura.

Como ocurre a menudo, el siglo XVIII sacaba en gran parte su fuerza de sus defectos; esgrimía un arma de dos filos con la cual a veces, al herir al adversario, se lastimaba él mismo sin saberlo. Al aplicar al estudio del pasado su predilecto criterio de lo "razonable" o del "buen sentido", puso en su sitio mucha mitología que usurpaba el puesto de la historia verdadera, pero de paso se privó de una justa captación y estimación de la misma compleja realidad histórica, para la cual resultaba insuficiente aquel superficial buen sentido, mera decantación de las vistas y modos de pensar propios del siglo, sin la menor flexibilidad ni amplitud, sin gusto ni aptitud para entender por dentro lo que le fuera heterogéneo, que venía a ser casi toda la historia. Los más audaces de entonces, al ponerse a limpiar el monte de maleza, solían terminar talando el bosque entero: una historia de la filosofía redactada por Voltaire nos escandalizaría ahora casi tanto -aunque por otros motivos - como la del más crédulo historiógrafo primitivo. Los más tímidos se debatían en un conflicto entre la tradición y la crítica cuya acostumbrada salida era un modus vivendi concertado entre ambas que suprimía esto y respetaba lo otro, sin llegar casi nunca a iluminar el punto difícil con eficaces interpretaciones históricas, filosóficas o psicológicas.

pre

bid

M

dy

始

100

In

阿

Brig

ples

題

YOUN

Polis

ficas .

filosoj

Por el

क्षाक प्र

Oriosid

despois

la menos

Die O Die

Printing.

Las antiguas discusiones sobre la versación filosófica de ángeles y demonios, a pesar de sus raíces documentales <sup>1</sup>, quedan a trasmano. Algunos autores, al hacerse cargo más o menos perentoriamente de ellas —Brucker y Lapeña, por ejemplo—, niegan a esos seres ultraterrenos el acceso a la historia de la filosofía, distinguiendo con sensatez entre sabiduría sobrenatural y filosofía. Lapeña es particularmente terminante: "No me detendré a hacer ver —dice— cuán miserables son todos los argumentos con que se pretende probar que los ángeles y los diablos son grandes filósofos". La filosofía, pues, es cosa de hombres, y su escenario es terreno. Sentado esto, el siglo XVIII se pone empeñosamente a la tarea de registrar toda filosofía pensada por hombres, husmeando sin reposo por todos los rincones del Planeta para que no se le escape el menor vestigio. Casi ninguna

Por ejemplo, en el proceso de Gilles de Rais, mariscal de Francia, un tiempo compañero de armas de Juana de Arco y condenado a muerte a mediados del siglo XV por horrendos crímenes cuyo eco perdura en la imaginación popular, uno de los acusados, el clérigo alquimista Prelati, habló de un libro usado en sus prácticas infames donde constaba "que los demonios tenían el poder de revelar los tesoros ocultos, instruir en filosofía", etc.

comarca de cuya cultura haya noticias, por vagas que sean; casi ninguna rama de la humanidad, por incógnito que pudiera parecer su pensamiento, eluden la averiguación. El ambicioso afán universalista trabaja tanto en la insondable profundidad de los tiempos como en la extensión geográfica, y no se detiene sino ante el Caos originario. Toda esta historiografía es, como reza el título del libro de Brucker, a mundi incunabulis, desde el principio del mundo, y comienza estudiando la filosofía anterior al Diluvio. Su primer problema —descartados los puros espíritus benignos y malignos, y aun las ánimas bienaventuradas, cuya preocupación filosófica se sostuvo alguna vez- era por lo tanto la filosofía de Adán. Ya hemos visto que Horn, en el siglo de Descartes, recogiendo viejas tradiciones, discurre sobre la filosofía de Adán y aun la divide en dos fases o períodos, el paradisíaco y el posparadisíaco, como se suele distinguir en Kant el período precrítico y el crítico. Horn cita a Eusebio de Cesárea, a quien también aduce Brucker remitiendo al libro XI de su Præparatio evangelica y recordando que Adán ha sido incluído entre los dialécticos por sus disputas con Eva y la Serpiente; no sé que Eva ni la Serpiente, cuyo derecho sería mayor por el éxito de sus argumentaciones, hayan sido tomadas nunca en cuenta en la historia de la dialéctica. En cuanto a Adán, el siglo XVIII no está ya dispuesto a contarlo entre los filósofos, aunque tampoco juzgue ocioso discutir la cuestión. Brucker mismo, antes de su grande Historia, en un libro de 1731, se había propuesto el problema de si había habido filósofos antes del Diluvio, refutando no sin cierta ironía las opiniones, muy autorizadas al parecer, concernientes a la vocación filosófica de Adán, a su saber enciclopédico y aun a sus desvelos de polígrafo. Tampoco Formey transige con las propensiones y ocupaciones filosóficas de Adán; más bien su caída, viene a decir, probaría que fué deplorable filósofo, ya que se dejó persuadir con groseros sofismas a violar el orden impuesto por el Creador; y el piadoso Lapeña niega que Adán haya sido filósofo ni en estado de inocencia ni después del pecado, porque su sobrehumana sabiduría antes de la culpa nada tenía que ver con la filosofía humana, producto de la curiosidad y de la admiración, hijas a su vez de la ignorancia, y su situación después de pecar contra su Dios, cuando por todas partes le seguía su delito, era la menos apropiada para entregarse a las especulaciones de la inteligencia. Poco más o menos que con Adán ocurre con su descarriado hijo Caín, en quien los primitivos tratadistas buscaban las raíces de las filosofías malditas, el ateísmo

18

189

押口

y el epicureísmo: éste era, como ya se dijo, el parecer de Horn, al que el siglo XVIII opone más o menos las mismas razones que a la pretendida filosofía de Adán. "Caïn —dice, con manifiesta sorna, Formey— fut un méchant homme; cela est certain. Donc il professa et enseigna l'Epicuréisme. A qui, quand, et comment? C'est ce que personne n'est en état de dire". Y agrega más adelante, como en recapitulación de sus rápidas anotaciones sobre la filosofía antediluviana: "En voilà plus qu'il n'en faut sur une matière qui n'a été traitée au long que par des visionnaires". El siglo XVIII, en resumen, rechaza todo el capítulo antediluviano de la historia de la filosofía, pero no prescinde de él lisa y llanamente. Por el contrario, juzga indispensable tomar posición ante un asunto con el cual en adelante sólo se tropezará el curioso rebuscador de libros ya olvidados — de libros que si no enseñan mucho sobre los temas especiales que tratan, en cambio proporcionan una incomparable experiencia sobre la lenta constitución del saber y la penosa marcha del espíritu humano.

"La historia de la filosofía es el proceso a través del cual la humanidad europea ha fijado en conceptos científicos su concepción del mundo y su valoración de la vida", ha escrito Windelband, y casi todos los historiadores de la filosofía, a partir del siglo XIX, parecen haber pensado lo mismo aunque no lo digan. Esta tesis de Windelband, sobre la cual volveré más adelante, es extraña hasta no poder serlo más a los historiadores del siglo XVIII. Deslandes se extiende sobre la filosofía de los etíopes, los escitas, los galos, los celtas y los habitantes del antiguo Oriente. Brucker dedica muchas páginas a discurrir "de philosophia Barbarica post diluvium", abriendo sendos capítulos para los hebreos de los tiempos más remotos, los caldeos, los persas, los indos, los primitivos árabes, los fenicios, los egipcios, los etíopes, los celtas, los etruscos, los romanos antes de la monarquía y los hiperbóreos. Luego de hablar de los griegos y romanos de los grandes siglos, vuelve a los orientales, a los judíos desde el cautiverio en Babilonia, a los sarracenos, y, traspuesta la filosofía cristiana medieval y la moderna, se aplica a los exóticos: malabares, chinos, japoneses. Formey, a pesar de la brevedad de su libro, tiene en cuenta a casi todos los pueblos estudiados por Brucker, sin olvidarse de los hiperbóreos, y lo mismo el español Lapeña, agregando la filo-

po sa un ton en

村上

sofía de los indígenas del Canadá, ocasión acaso la primera en que los americanos penetran en la historia de la filosofía 1.

Este universalismo de la historiografía filosófica del siglo XVIII propone unas cuantas interrogaciones cuya respuesta no es fácil. Desde luego, poco y malo podía saberse entonces del pensamiento de pueblos cuya misma historia en sus rasgos más externos y materiales era muy poco conocida; y, como no podía menos de suceder, con frecuencia lamentable los autores se ven obligados a estampar indicaciones vagas e hipotéticas, extraídas de fuentes dudosas y de relatos de viajeros. Más sustancial que ensayar una crítica —que caería de inmediato en el ensañamiento— de los capítulos consagrados en estas historias a los hiperbóreos, los etruscos o los malabares, es reparar en la intención de no excluir pueblo alguno conocido. Los supuestos de esta actitud están sin duda en las grandes bases espirituales del siglo. El siglo XVIII carece de la recia voluntad creadora del XVII, a la cual debemos los grandes sistemas del racionalismo y las primeras réplicas empiristas, que conjuntamente proporcionan sus fundamentos ideológicos al mundo moderno. Preocupan en él ante todo lo humano, la crítica, la aplicación; hay un designio de asumir la dirección concreta de las cosas más bien que de pensarlas a fondo. Naturalmente, los principios y puntos de vista sobre los cuales se apoya derivan en su mayor parte de los resultados obtenidos por los dos siglos anteriores. Pero con esos resultados, reducidos a una especie de domesticidad y apacible convivencia, el siglo XVIII se forja su común doctrina propia, una síntesis peculiar, diferente de las anteriores posturas de la mente europea en que trasciende el plano de las puras ideas, se carga de intereses y pasiones, prolonga el libro y las discusiones sabias con la conversación de los salones, y se convierte en la atmósfera y la conciencia de la época. Por la universal instauración de la razón -vocación diferencial del siglo- tiende a convertirse en juez de toda realidad, y en especial de ideas, creencias, costumbres e instituciones: de todo el pasado, en suma. Kant definía la Ilustración como la sazón en que el hombre se decide a usar libremente de su razón, como el término de una minoría de edad de la que él mismo era responsable por no

ail

-4

plit

<sup>1</sup> Ensayo, I, págs. 156-159. Si los canadienses penetran probablemente en la historia de la filosofía merced al generoso Lapeña, en la filosofía misma ya habían entrado de la mano de Kant, quien les prodigó entusiastas elogios. Ver Beobachtungen über das Gefühl des Schönen und Erhabenen, 1764, 4. Abschnitt, al final.

haberse atrevido hasta entonces a ejercitar su razón prescindiendo de ajenas tutelas. Pero lo razonable suele cifrarlo el siglo en un módico buen sentido atado en demasía a las concepciones vigentes, cuya sequedad y petulancia, agravadas por la escasa o nula capacidad de comprensión histórica, estrechan su horizonte y le dan ese tono de superficialidad suficiente que hoy nos resulta tan desagradable y aun nos arrastra a la injusticia de pasar en él por alto virtudes muy sólidas y ciertas. En filosofía, un racionalismo desteñido se acomodaba con el empirismo en las capas profundas, mientras a flor de piel se ostentaba, según los casos, el escepticismo o el eclecticismo, o la combinación de ambos. Voltaire, una de las voces más fieles del tiempo, en el Dictionnaire philosophique, después de reducir a una especie de escuálido sumario o catecismo cuanto en su opinión debía retenerse como válido de la antigua filosofía, dice: "Aparte de las aseveraciones de los antiguos filósofos que he concretado cuanto me ha sido posible, ¿qué es lo que nos queda? Un caos de dudas y de quimeras. No creo que haya existido jamás un filósofo que haya propuesto un nuevo sistema, que al final de su vida no haya confesado que ha perdido el tiempo. Es necesario aceptar que los inventores de las artes mecánicas han sido más útiles a la humanidad que los inventores de silogismos; el que inventó la lanzadera fué más útil que el que adivinó las ideas innatas". Filosofía, legítima filosofía era para muchos entonces lo mismo que crítica, examen libre, revisión racional o razonable de todas las cosas; filosofía era, pues, el contenido del Dictionnaire philosophique.

Uno de los motivos del albergue liberalmente concedido a toda doctrina u opinión en las historias del tiempo es sin duda esta oscilación del escepticismo al eclecticismo, sin nervio ni afán de discriminación, sin sentido para la eterna sustancia filosófica palpitante en las doctrinas ilustres. Sin vigencia todavía los criterios mediante los cuales se empezarán a construir en el siglo XIX las primeras historias orgánicas, regía el mero criterio elemental del almacenamiento y la recapitulación, y la crítica, cuyas batallas fueron bien reñidas y no deben ser menospreciadas, desprovista de los finos instrumentos que manejaría más adelante, se agotaba en una faena de desbrozamiento, en la eliminación de groseros errores, en el rechazo de cuentos y patrañas. La aspiración a superar el simple registro y encasillamiento con principios orientadores aptos para ensamblar los hechos en efectiva historia, estaba ya latente o presente en estos historiadores, el mayor de los cuales, Brucker, procedía de Leibniz, y si bien recibió de éste ante todo el

noble espíritu de equilibrio y de concordia intelectual, algún eco habían de hallar en él aquellas tesis o intuiciones leibnizianas donde anidaban los gérmenes de más de una esencial concepción romántica. Ya han sido consignadas al comienzo algunas recomendaciones metódicas de Deslandes, dignas de recuerdo por su prudencia, y su interpretación de la historia de la filosofía como una historia del espíritu humano, o por lo menos de algunos de sus aspectos capitales, pasable hilo conductor a falta de otro más resistente. Pero Deslandes, en lugar de atenerse a sus juiciosos propósitos, elige la línea del menor esfuerzo y acumula descosidamente noticias biográficas, anécdotas, esbozos de doctrinas y opiniones, todo ello entreverado con reflexiones de discutible oportunidad. El escéptico historiador, a quien acaso se le aparecía durante su erudita ocupación la imagen de la "beauté novice" de sus versos, se olvida de aquella elevada benevolencia con que, decía, debemos considerar a los antiguos, y flagela a algunos de los más insignes con severo rigor, encarnizándose particularmente con Platón, y reservando sus alabanzas para los pensadores de su cuerda, Protágoras, Antístenes, Epicuro. Brucker parte de una concepción de la filosofía donde desde el principio descubre la deficiencia de su sentido teórico: el fin de la filosofía es la felicidad del género humano. Las disciplinas filosóficas, todas ellas sometidas a ese fin principal, son la lógica, la filosofía primera o metafísica, la física, la pneumatología y psicología y la ética; la historia de la filosofía narra las sentencias y opiniones concernientes a estas disciplinas, y se refiere a las doctrinas, a sus orígenes, mutaciones y causas, y a los filósofos mismos, al curso y sucesos de su vida, para deducir de su examen el influjo ejercido en cada caso por la índole del autor y las circunstancias de su existencia sobre sus ideas. De este modo la historia de la filosofía, mediante la averiguación del origen y de la marcha hasta los tiempos más recientes del pensamiento filosófico, viene a describir los hechos y vicisitudes del intelecto humano. Como se advierte, tanto el escéptico Deslandes como el concienzudo ecléctico Brucker alargan sus intenciones hasta rebasar el linde de un mero estudio de las doctrinas, de las estrictas tesis filosóficas, para aspirar en función de ellas y de opiniones de inferior jerarquía a una comprensión general del espíritu humano, propósito en el cual late una de las más vigorosas exigencias del tiempo, la de formarse una noción cabal del hombre por vía empírica, por la observación y la historia. "Así —ha escrito Cassirer 1— la filosofía de la Ilus-

<sup>1</sup> Philosophie der Aufklärung, cap. V, 3.

tración encuentra sobre el terreno de la historia la idea de una ciencia filosófica del hombre; la idea de una "antropología" universal tal como fué desarrollada sistemáticamente por Kant y expuesta en sus lecciones". La misma preocupación se revela en D'Alembert 1, cuando después de dividir la historia general de las ciencias y de las artes en historia de nuestros conocimientos, de nuestras opiniones, de nuestras disputas y de nuestros errores, dice que la primera es la historia y el elogio del espíritu humano, y el resto su novela y su sátira.

Vemos, pues, cómo coincidían la insuficiente capacidad teorética, informadora de aquellas posturas escépticas y eclécticas, y la nueva y punzante curiosidad hicia el hombre y el correlativo anhelo de un saber pleno del espíritu humano, rasgos notorios de la época, para ampliar la historia de la filosofía a un vasto repertorio de opiniones y creencias. Distingamos en este ancho panorama dos instancias confusamente mezcladas en él, una historia general de las ideas y creencias, y una historia universal de la filosofía en sentido estricto, para comprobar al punto que ni una ni otra, bosquejadas sin duda en términos inadecuados y aun pueriles a veces por el Siglo de las Luces, han alcanzado una realización posterior. Los elementos contenidos en aquellas construcciones prematuras y caóticas se siguen elaborando por separado, sin que al parecer haya llegado el momento de las integraciones, de las grandes visiones unitarias.

BUR

樹

del

FD

you

Prop

वीशं

2 13

al de

maes

de tox

autore

Waria

torio

Idaliya

11

Por lo que toca a la historia general de las ideas y opiniones, el siglo XVIII debía contentarse con un registro inconexo, con un primer recuento bastante superficial. El intelectualismo del tiempo impedía ahondar en este asunto, y otras ya recordadas inclinaciones de la época se oponían igualmente a un ajustado planteo. Sólo una constelación de delicadas aptitudes desenvueltas mucho más tarde, bien maduro el siglo XIX: una feliz amalgama de sentido histórico, don filosófico y penetración psicológica, podía poner las bases de un estudio que dista mucho de la tarea relativamente sencilla de perseguir series de conceptos pensados con claridad y sometidos a puras motivaciones intelectuales. Apenas afrontado en serio, el problema, más que como una geografía de fenómenos visibles, se presentó como un problema geológico o en profundidad, donde lo esencial consistía en descubrir capas profundas y en discernir conexiones secretas. Sin negar la posibilidad en sí de una historia general de las ideas, de los sistemas

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Essai sur les élémens de la philosophie, ou sur les principes des connaissances humaines, 1759, II.

conceptuales vigentes en cada etapa así en el conocimiento reflexivo como en la vida misma, ha de reconocerse como previa o paralela la cuestión, tan rica en aspectos y todavía tan nebulosa, de las concepciones del mundo, por lo menos si se quiere reconducir las ideas y creencias expresas al oscuro complejo viviente de donde extraen mucha de su sustancia y dentro del cual cobran plenitud y sentido. Los más valiosos aportes realizados hasta ahora con el fin de restituir el ambiente psíquico-espiritual de las épocas, como, por ejemplo, el de Joël <sup>1</sup>, padecen en lo tocante a los contenidos de la falta de precedentes, de averiguaciones parciales previas, y también de no estar aún suficientemente aclarados los aspectos metódicos o formales del problema, aunque se disponga de contribuciones tan lúcidas como las de Dilthey, Jaspers y Mannheim.

En cuanto a la filosofía en sentido riguroso, el siglo XIX desde sus comienzos abandona aquel ambicioso programa de una historia universal de la filosofía que parecía natural y aun obligatorio en el XVIII, y tal renuncia ocurre paradójicamente cuando, por la mutación en la actitud de los espíritus introducida por el Romanticismo, el hombre de Occidente se vuelve hacia las culturas no occidentales con una curiosidad nueva, con un ansia de comprensión y un sentido para lo exótico inaudito hasta entonces. Pero con mucha verosimilitud ese interés nuevo y más hondo y respetuoso hacia lo extraño vino de rechazo a decretar el estrechamiento del cuadro histórico de la filosofía, aconsejando la profundización de lo seguramente cognoscible por pertenecer a la propia ininterrumpida tradición, y un cauteloso apartamiento de lo que apenas empezaba a descubrir su esencia y contorno a unos pocos especialistas. Y la situación no ha cambiado hasta este promedio del siglo XX. Acaso la única historia universal de la filosofía posterior al siglo XVIII, responsable y de una sola mano, sea la de Deussen, y ésta responde a la circunstancia de la especial versación del autor en el pensamiento de la India, al desmedido valor y significación que le atribuía, y al propósito de ver en su maestro Schopenhauer, tan influído por aquel pensamiento, el glorioso remate de toda la evolución filosófica; y aun en las historias recientes a pluralidad de autores, donde la elección de adecuados tratadistas no ofrece inconvenientes, no es todavía frecuente la inclusión de las filosofías no occidentales. Parece existir la convicción tácita de que en la filosofía de Occidente se ha llegado a una visión relativamente canónica, homogénea y estable de un historiador a otro, mientras

V

nu.

lls:

S

I Is

\$100

80 b

SIS

101

103

31

<sup>1</sup> Wandlungen der Weltanschauung, 1928-1934.

que para las otras no se ha salido del período de las interpretaciones más o menos individuales, teñidas de la concepción y valoración peculiares a cada expositor. El Ueberweg, cuya aspiración a dar en lo posible una versión definitiva parece evidente, no trata sino la filosofía occidental y aquellos capítulos de la oriental que le son inseparables.

Pero es de presumir también alguna razón menos ocasional en este orgulloso aislamiento de la filosofía de Occidente, sobre todo si se tiene en cuenta la naturalidad con que los libros dedicados a describir su marcha asumen el título de historias de "la" filosofía, sin atenuación ni salvedad, como si fuera ella la filosofía única o por excelencia. Cuando Windelband define la historia de la filosofía como "el proceso a lo largo del cual la humanidad europea ha fijado en conceptos científicos su concepción del mundo y su valoración de la vida", plantea una cuestión aun no resuelta del todo, la de la estructura interna de cada gran rama filosófica; implícitamente viene a decir que la filosofía europea es por esencia distinta de las otras, y al mismo tiempo que les es superior y aun la única filosofía en sentido pleno, ya que su historia es "la historia de la filosofía". El asunto es sobremanera grave, y el alcance de este trabajo no me permite sino indicaciones un tanto a la ligera y muy provisionales. Desde luego, el supuesto para la discusión sería una fenomenología de las grandes filosofías —ante todo de las de Occidente, India y China-, un estudio de sus rasgos fundamentales y distintivos, de sus regimenes de conceptuación y teorización, de la actitud del sujeto respecto a sus tesis, de las respectivas direcciones de marcha, de las relaciones entre la filosofía y las restantes formas de la vida espiritual en cada orbe cultural, etc., etc. No creo que se haya adelantado mucho por este camino, aunque haya bastante material disperso y estudios muy instructivos: recuerdo, muy de paso, como muestras, el trabajo de Betty Heimann sobre la estructura del pensamiento de la India, el libro de Leisegang sobre las formas de pensamiento y los de Lévy-Bruhl sobre la mente primitiva. Un indicio de peso sobre ciertas maneras exclusivas de la filosofía occidental -me refiero a sus realizaciones principales y más numerosas— es su continua y cercana relación con lo que denominamos la ciencia, creación a su vez típicamente occidental. Cuando Windelband habla en su definición de "conceptos científicos", se refiere a cierta manera de conceptuar característica del Occidente. Corriendo todos los riesgos al avanzar por terreno tan resbaladizo, creo que pueden admitirse algunos rasgos para el pensamiento de

Occidente, por lo menos como hipótesis de trabajo: el frente a frente, la relación univoca, el imperio de la identidad. El frente a frente es la separación rigurosa del sujeto y del objeto, el primado de la teoreticidad; cualesquiera que sean sus relaciones de ser con la realidad, el occidental se retira metódicamente de ella al filosofar, la convierte en su objeto. En cambio es un problema, en mi opinión, el determinar hasta qué punto ocurre esto en las otras filosofías mayores. Por relación univoca ha de entenderse la elaboración de un concepto para cada ángulo o aspecto de la realidad, que luego será ampliado, modificado o sustituído, pero que en cada caso, mientras dura su vigencia, se juzga apropiado para aprisionar o reflejar intelectualmente su correlato objetivo en una estricta correspondencia. Y en cuanto a la identidad, funciona como el capital principio lógico, gobierna por lo tanto lo formal y se insinúa además de continuo en las concepciones últimas de la realidad imprimiéndoles su sello 1. Otros rasgos sin duda podrían proponerse con el mismo carácter provisional e hipotético para la determinación diferencial, desde luego con la simultánea especificación de los mundos filosóficos ajenos, y aun con la cuestión final de si sería a la larga conveniente y hacedera una integración compensadora. Y hasta podría suscitarse otra cuestión. La filosofía, como toda la cultura elaborada hasta ahora, se ha forjado antes de la "revolución femenina", de la liberación espiritual y material -no cumplida, pero ya muy adelantada— de la mitad del género humano; y no sabemos cuál será, cuando llegue, el aporte de la mujer. En la definición de Windelband, para que responda a la situación, habría que precisar más: "... de la humanidad europea masculina". El ancho paisaje filosófico esbozado por el siglo XVIII, se estrecha después, se restringe ganando en firmeza, en seguridades; pero no ha de aceptarse sin más ni más que este occidentalismo se justifique de antemano y por sí. Entre el cuadro ancho y disperso dibujado por el siglo XVIII y el más angosto y limpio de trazos que lo reemplaza después se establece una tensión, va cobrando forma todo un haz de interrogaciones.

25

St.

100

ind in

Min-

山台

al

ieh

iba

plate

in gn

1610

100

a. I

世里

555

自由

山山

E E

品加

La Edad Moderna crea y afirma su sistema de vida y de pensamiento en abierta oposición al de la Edad Media, ante la cual adopta una actitud hostil que

<sup>1</sup> Ver mi estudio "Sobre los problemas de la razón y la metafísica", en Sustancia, Tucumán, abril 1942.

se prolonga hasta el Romanticismo. La polémica contra la Edad Media se desenvuelve en la primera etapa moderna, cuando aun no se dispone de un nuevo conjunto de principios sólidamente trabados, con la vista fija en los antiguos, modelos a los cuales se recomienda volver para dejar atrás definitivamente la tiniebla medieval; pero más adelante, ya bien asentadas las bases de la nueva concepción del mundo por el siglo XVII, los tiempos modernos adquieren conciencia de sí, confían sobre todo en sus propias fuerzas y se declaran contra la Edad Media en nombre de la razón, y no ya a la luz y en parangón de la supuesta perfección clásica, sobre la cual recae entonces una censura desprovista de indulgencia en más de una ocasión y de respeto con mucha frecuencia. Como apuntaba Kant, el hombre entra en la mayoría de edad y rehusa ajenas tutelas. Y también, habría que agregar, cae en excesos de que se arrepentirá más tarde.

La filosofía medieval, vulnerable por tantos costados, no escapa a la general condena sobre la cultura de los tiempos medios. Las historias de la filosofía redactadas en el trecho central del siglo XVIII conceden muy poco espacio a los filósofos medievales y los tratan con señalado despego. De las casi novecientas páginas de las Institutiones de Brucker, apenas unas ochenta se refieren al movimiento filosófico promovido por el Cristianismo, desde la edad apostólica hasta los albores del Renacimiento. El libro de Formey dedica descuidadamente cinco de sus trescientas y pico de páginas a la Edad Media, y Lapeña, de cuya condición eclesiástica pudiera esperarse otra cosa, tampoco dispensa mucha atención al pensamiento medieval cristiano, que en conjunto abarca en su obra mucha menos extensión que el pitagorismo o el estoicismo. A Santo Tomás se le asigna un par de páginas en las Institutiones y una escasa en Lapeña; Formey no hace sino citar el nombre. El mínimo aprecio atestiguado por la exigüidad del examen se confirma con la desdeñosa severidad de los juicios. Para Brucker, la filosofía escolástica no se preocupaba tanto de la verdad cuanto de sutilezas afectadas y vanas, y su instrumento era una dialéctica artificiosa. El canónigo Lapeña es más expeditivo, y se despacha con una franqueza castellana que ignora las medias tintas y las atenuaciones: "La filosofía y teología escolásticas no eran más que un conjunto de bagatelas, y los talentos finos, disgustados de ellas, se empeñaron en destruirlas... Se sigue de lo que precede que este método de enseñar y de estudiar infestó todas las ciencias y todos los países; produjo una infinidad de opiniones pueriles o perniciosas; degradó la filosofía; introdujo el escepticismo,

por la facilidad que había en defender la mentira, oscurecer la verdad y disputar sobre una misma cuestión en pro y en contra; arruinó la verdadera elocuencia; separó a los mejores entendimientos de los buenos estudios; hizo despreciables a los autores antiguos y modernos; retardó e impidió la verdadera inteligencia de Aristóteles; redujo todos los conocimientos a un aspecto bárbaro e ingrato; y últimamente se deduce que su lógica no era más que una sofística pueril; su física, un tejido de impertinencias; su metafísica, un embrollo imposible de entenderse; su teología natural o revelada, su moral, su jurisprudencia y su política, una miscelánea de ideas buenas y malas" 1.

La filosofía moderna es para estos historiadores una forma de eclecticismo, interpretación que hoy nos parece sorprendente. Pero la extrañeza ante la desorientación del siglo XVIII al apreciar en su conjunto la filosofía moderna se mitiga apenas se piensa que el drama filosófico de la época, aunque muy avanzado, no había llegado a su desenlace; las líneas de pensamiento no habían alcanzado sus últimas consecuencias, y era natural no estar muy en claro sobre una faena cuyo sentido armónico y solidario, cumplidos ya sus grandes fines, se nos aparece ahora con unidad imponente y admirable. El siglo XVII crea los fundamentos ideológicos del mundo moderno; el siglo XVIII emprende una general aplicación de esos principios a la vida. La madurez filosófica moderna, la peripecia del drama, se llama Kant, culminación de una época y, por lo mismo, preanuncio de otra, múltiple impulso hacia el futuro. Kant recoge y anuda los hilos del pensamiento del siglo XVII, conciliando en un plano nuevo, descubierto por él, la aguda contraposición de racionalismo y empirismo, y al mismo tiempo renueva los temas de la Ilustración en una síntesis propia de singular elevación y coherencia. Las demandas de Descartes y Bacon hallan en él en cierto modo su cumplimiento, hasta donde los supuestos de la época lo permitían, juntamente con la aspiración iluminista de poner en el centro de la visión filosófica total, como su núcleo o parte capital, una robusta filosofía del sujeto, del hombre, por cuya autonomía habían combatido sin reposo tres siglos. Privado de este remate del pensamiento moderno, indispensable punto de vista para entenderlo y enjuiciarlo en cuanto movimiento articulado y concordante, el siglo XVIII se perdía en la pluralidad de las direcciones y teorías, sin una comprensión suficiente de la orientación general ni de las analogías y conexiones profundas.

<sup>1</sup> LAPEÑA, ob. cit., II, págs. 187 y 190.

La denominación de filosofía ecléctica aplicada a la que es para nosotros moderna en la acepción propia, tiene una explicación muy sencilla. La filosofía que se desenvuelve a partir de la restauración renacentista, hasta Kant, la vemos ahora distribuída en instancias de significación y alcance muy diversos: renovación filosófico-humanística de las doctrinas antiguas, filósofos renacentistas o de la transición, y filósofos que, a lo largo de los siglos XVII y XVIII, encarnan con fidelidad las exigencias de la época y son la conciencia filosófica de la Edad Moderna. Pero el siglo XVIII no había logrado distinguir ni sobre todo valorar por el contenido doctrinal el papel de estos grupos, y se atenía a una separación externa y como metódica. Ponía a un lado los filósofos sectarios, esto es, los adherentes a las antiguas sectas o escuelas, y a otro los que asumían una actitud independiente, sin aceptar otra norma que la razón y sometiendo a ella las tesis y opiniones de los filósofos antiguos, de las que no retenían sino las racionalmente justificadas: éstos eran los eclécticos, entre los cuales se pone a Bruno, Cardamo, Bacon, Campanella, Hobbes, Descartes, Leibniz, etc. 1. La de éstos es, no sólo filosofía ecléctica, sino la única digna de tal nombre. Brucker denominaba también eclécticos a los neoplatónicos, pero anotando en seguida que más bien debía llamarse sincretismo, y aun detestable sincretismo, a esta filosofía caótica que lo concilia todo sin respeto a la verdad y que mezcla el cielo con la tierra 2. El eclecticismo moderno, en cambio, erige la razón en único tribunal y se vale del criterio de lo claro y lo verdadero 3. Como un eco, Formey repite después sus argumentos: "La filosofía moderna, a partir de esta época (el Renacimiento), puede dividirse en sectaria y ecléctica... Comencemos por distinguir esta filosofía ecléctica moderna, la única digna de tal nombre, de la antigua, que se resolvía en un sincretismo del cual hemos hablado tantas veces con el merecido desprecio. Los nuevos filósofos, disgustados del galimatías de la secta alejandrina..., comprendieron que, para cultivar con éxito la filosofía, era necesario en primer lugar despojarse de todo prejuicio y de todo espíritu partidista, para consultar tranquilamente la razón como el único guía a que se puede recurrir en estas materias. Así trabajaron para deducir de las nociones

2 Hist. crit. philos., II, págs. 189 y ss. Instit., 3\* edic., págs. 310 y ss. y 691 y ss.

3 Instit., págs. 691 y ss.

<sup>1</sup> Spinoza no figura en Brucker entre los reformadores de la filosofía general (philosophia eclectica universa), sino entre los renovadores de disciplinas parciales, en el capítulo correspondiente a la filosofía moral; lo mismo en Formey, pero entre los metafísicos.

provistas por la razón, los principios claros y ciertos, apropiados para conducir a conclusiones igualmente evidentes. Y siguiendo este camino, no se reconoció por verdaderas las opiniones de los antiguos filósofos sino en cuanto así las reveló la piedra de toque del examen y resistieron el rigor de las demostraciones. Esta manera de filosofar, que los autores de las antiguas sectas habían entrevisto, pero ante la cual habían retrocedido por orgullo o pereza, se introdujo en el siglo XVII; pero no llegó a su perfección sino después de muchos esfuerzos, por las profundas raíces que habían echado las sectas dominantes" 1. Lapeña, consecuente con estos puntos de vista, va más lejos y ocupa casi todo el tercer tomo de su Ensayo con la exposición seguida del eclecticismo tal como entonces se entendía, esto es, como una dirección filosófica dividida en dos grandes ramas o porciones, el eclecticismo antiguo (neoplatonismo) y el moderno (la filosofía específicamente moderna, con la inclusión en Lapeña de los grandes científicos creadores del nuevo sistema cósmico). La lógica determinación del canónigo burgalés, de presentar reunidos, como las dos secciones de un gran grupo, alejandrinos y modernos, destaca aún más si cabe la curiosa y para nosotros tan extraña apreciación de los modernos por estos historiadores.

En esta interpretación de la filosofía moderna como un eclecticismo saltan a la vista dos motivos; el de la autonomía del filósofo, sólo obediente a la exigencia crítica y racional, y el de la selección y reajuste, mediante el supremo criterio de la razón, de los temas trasmitidos por el pasado. Se advierte al punto que, mientras ha sido bien visto el cardinal imperativo de la filosofía moderna, la independencia del filósofo frente a cualquier autoridad, a cualquier principio ajeno al filosofar mismo, norma que en sí no tiene nada de ecléctica, en cambio se tiende a exagerar la relación del pensamiento moderno con el antiguo, imaginando al filósofo moderno como un hombre que escoge, pule y ensambla materiales allegados por otros. Si, como creo, es Brucker el principal responsable de la vigencia y prestigio durante el siglo XVIII de esta interpretación, acaso haya influído en él para adoptarla la manera acogedora y unificante, ecléctica en el más noble sentido, del gran filósofo moderno que sentía más cerca de sí por fecha, país y espíritu: Leibniz, a quien pondera como "magnum patriae temporisque sui ornamentum". Sabido es que el filósofo de la armonía preestablecida fué el genio de la conciliación, de la concordia. Reunió en sí muchos saberes,

<sup>1</sup> Histoire abrégée, págs. 205 y 255-6.

practicó muchas ciencias y emprendió la organización de todos los conocimientos en un riguroso sistema de conceptos; juntó a la actividad teórica la política, y fué como un vínculo entre el siglo XVII y el XVIII; fundió en su doctrina dos concepciones de la realidad tan antagónicas hasta entonces como la mecánica y la orgánica finalista; encerró en una síntesis de su invención los conceptos extremos de lo individual y lo universal; pretendió reconciliar las iglesias cristianas y los pueblos de Europa; quiso unir los antiguos con los modernos, la teología y la moral con la razón, y, el único entre los próceres de la nueva filosofía, vislumbró el oro escondido en "el estercolero de la escolástica". Filósofo, en suma, "cargado de pasado y grávido de porvenir", como dicen unas palabras suyas, en quien ya comienzan a arder las primeras bengalas románticas, aspiró a una integración omnicomprensiva, a una "philophia perennis", tema siempre de algún modo latente en la profundidad de toda estimación del curso histórico del pensamiento como proceso válido y con sentido, como historia plena y verdadera 1.

FRANCISCO ROMERO

<sup>1</sup> El pasaje más significativo, en la carta de Leibniz a Remond, 1714: "La vérité est plus repandue qu'on ne pense, mais elle es très souvent fardée, et très souvent aussi enveloppée et même affaiblie, mutilée, corrompue par des additions qui la gâtent ou la rendent moins utile. En faisant remarquer ces traces de la vérité dans les anciens, ou (pour parler plus généralement) dans les antérieurs, on tirerait l'or de la boue, le diamant de sa mine, et la lumière des ténèbres; et ce serait en effet perennis quædam philosophia".

### LATUMBADE LEANDRO

西

14

DEE:

digi

315

SEL

110

ign

d pa-

da!

A Silvina Ocampo

En silencio deshace el ardor su última llama sobre mi muerte, y cae la flor de la retama. Y al sonido que forman los espacios del cielo, como en los días ya olvidados, se alza por este campo de laurel y asfodelo tu imagen entre pájaros que cantan extasiados.

Lancelote y Tristán, Dafnis y el fuerte Orlando por entre aquellos plátanos van su amor recordando; a sus labios retorna todo el placer de antaño. Y tú que en vano lo has llamado, qué sabrás de Leandro sino el furor extraño de las olas sombrías que su nombre han guardado.

Cómo en mi vida estaban y en mi sangre tus besos, cuántas veces creyera que ante mis miembros presos, como la noche asciende por las ruinas del día y en mil estrellas se convierte, toda de amor vestida tu imagen se extendía, y en las nubes del aire volvías a perderte.

A este pálido mundo donde el deseo es vano, donde las horas huyen con paso tan liviano, no han de llegar tus cartas, oh doncella de Sestos, ni en los vapores del estío aquel ruido del mar que erguía los opuestos bordes del Helesponto junto al deseo mío.

Pero en las mismas puertas del silencio ha vencido el amor de mis labios las aguas del olvido, y los siglos transcurren con que el fuego divino va renovando nuestro anhelo, como un ala blanca que trazó su camino por el aire y se aleja sobre su eterno vuelo.

En la arena nocturna tu cuerpo adolescente como un nombre de llamas incesante y presente se ha marcado en los ojos que cierro ante el futuro, mientras la misma noche empieza a decir en el llanto del mismo mar oscuro el amor de Leandro y su enorme tristeza.

### CONVALESCENCIA EN PRIMAVERA

Alza la mano. Prueba su estatura. Se prolonga en livianas pesadumbres. Dice: mañana, y se le puebla el mundo de saludos y de álamos azules.

Hay un oleaje lento, perceptible para su corazón que reconoce en concentrados círculos de música el pie paterno, las antiguas voces.

Qué infinita noticia. Dulcemente quiere nacer el llanto y lo sofoca. Oye el sonido de la luz, los claros menesteres del viento entre las hojas.

Oye la invitación: lo están llamando (abran las puertas, bailen las cortinas). Los vidrios y los árboles lo aclaman con amistad llameante y decisiva.

Y duda de los muebles, de las sábanas, del muro vigilante porque llegan algunas nubes, porque un pez caliente le va regocijando las arterias.

Puede estallar en lágrimas o trinos sin sorprenderse. Y es que ya no sabe dónde termina el aire de sus ojos y comienzan las leguas del paisaje.

Una tierna congoja, con perfumes, le dificulta el pulso de improviso. Las colinas ondulan tenuemente con un fulgor violeta entre los pinos.

¿En qué alcoba, en qué almendro duerme el tiempo que vuela de sus sienes? Busca su mano, busca su estatura, la risa, el ademán, porque se pierde.

¿Será la muerte, tibia, tolerable o la felicidad, o el mundo de la música? ¿Qué mar se le desangra, qué ramaje de dulzura desciende por su nuca? (Buenos días, amigo.) Está aferrado a una frutera, al mimbre, al cielorraso con impetuosos ojos. Lloraría de tanto amor y fuego por los prados.

JUAN G. FERREYRA BASSO

# EL CUARTO VACÍO

(Conclusión) 1

Poco tiempo después, Venetia, que procedía siempre por ataques frontales, sorprendió a Richard:

- —Dígame usted una cosa —exclamó—. Me ayudaría. Hay algo que tengo que decidir sola, pero si puede usted contestarme directamente, me ayudaría a decidir. ¿Qué pasa entre usted y Carey?
  - -Un callejón sin salida.
  - -¿Por qué? ¿La quiere usted?
  - -Sí.
  - -¿Y ella? Helen Seaton me dijo que sí.
- —¿Ha hablado usted de nosotros con la señora Seaton? Claro —dijo Richard—, es natural. ¿Cuál era su opinión? Siempre tiene alguna, enmarcada y terminante. Es la mujer más concluyente que conozco. Sabe las razones de todo. Tiene el cerebro como un memorándum del Ministerio de Bienestar Económico. ¿Por qué motivo, según ella, estamos Carey y yo en un callejón sin salida?

Dijo esto con una sonrisa escéptica que impulsó a Venetia a defender a Helen Seaton.

- -No es la tonta que usted supone.
- -No supongo nada parecido. Está muy lejos de ser tonta. Por eso le he preguntado cuál era su opinión.
- —Dijo —replicó Venetia— que usted estaba perdiendo a Carey porque no se le declaraba.
  - -; Bastante concluyente, por cierto!
  - 1 Véanse los capítulos publicados en los Nos. 97 a 100.

-¿No es la verdad?

-Escúcheme -contestó Richard -. Si viera usted a alguien a quien quiere caminar sonámbulo por el borde de un precipicio ¿le contaría a gritos sus asuntos personales?

-Muy bien -aceptó Venetia-. Olvídese de Helen Seaton. Ha puesto usted palabras a la pregunta que quería hacerle... ¿por qué está Carey cami-

nando sonámbula por el borde de un precipicio?

—Ojalá —dijo él—, fuera usted quien contestara esa pregunta. Si usted o ella pudieran hallarle una respuesta, Carey despertaría y el precipicio cesaría de existir. Todo lo que yo sé... todo lo que puedo decir... es desde afuera. Soy el tonto del público que grita para advertir a los actores, que están en el escenario, del peligro que se acerca. Pueden ellos oírle con los oídos, pero esto no hace diferencia: no le oyen; dentro de la vida que él está presenciando no pueden oírle; tienen que sentir ellos mismos el peligro.

-Me imagino -dijo Venetia- que la respuesta es bastante simple: Carey

me odia.

-¿Lo cree usted?

—Algunas veces no. A veces, Richard, siento como si yo fuera Carey. Le parecerá perverso y falso. ¿Cómo puede, quien ha vivido como yo, sentir tal cosa? Y quizá sea mentira. Ya no sé lo que es falso y lo que es verdad en mí... cuándo me dramatizo y cuándo no. Pero sé que Carey tiene miedo y, porque tiene miedo, está helada. Yo he pasado por lo mismo. Lo pasé cuando era joven y todavía lo estoy pasando. De lo que tengo miedo es... es del único pecado sin enmienda y desesperado: la dureza de corazón.

-Ella también - dijo Richard.

—Ella también —asintió Venetia—. Lo sé. Es ése el callejón sin salida que hay entre ella y yo. Creo que otra manera de explicarlo es que necesito su perdón —Venetia, de pronto, sonrió—. ¡Y cómo odiaría que me perdonara!

—¡Perdón... perdonar!—. Nadie, en ese sentido (el sentido de ser protegido, de oír decir al amigo: "Estabas equivocado, soy lo bastante noble como para olvidarlo") nadie, en ese sentido, desea ser perdonado... sólo desea ser "reimaginado". Esto es de lo que ella ha sido incapaz hasta ahora, y usted también, Venetia, en lo que se refiere a ella. Piensa usted todavía en Carey como si fuera una niñita.

- -¿Hay alguien capaz de eso? suspiró ella.
- -Henry.
- -¡Ah! ¡pero él me quiere!
- -De manera que completamos el círculo.

Escrutó el rostro de Richard tratando de comprender; luego, en un relámpago, comprendió.

-¿La causa y el efecto? - dijo.

Él repitió sus palabras y preguntó qué significaban.

- —Algo que Henry me dijo —contestó ella, y agregó lentamente—. Gracias Richard. Por lo menos, me ha dado usted lo que quería... una decisión.
  - -¿Y es?
  - -Que saldré de aquí. Que me iré.
  - -Quiere usted decir... ¿abandonarlo por segunda vez?
- —¿Abandonarlo? —repitió ella—. ¿Es ésa la palabra? Creo que no. Me he preguntado a menudo si usted ha comprendido cómo nos separamos Henry y yo. O cómo nos hemos amado y nos seguimos amando. Recuerde usted, no fué solamente que yo me marchara; fué que Henry, cuando pudo haberme retenido, me dejó ir.

D2 I

理事

解發

斯的

限級

की व

Epple

on ell

ago ca

Haier

rindica

PE DOS

Perem

IN.

Teste

de la mer

- —Por mi parte —contestó Richard—, me he preguntado qué era usted. Ha dicho usted a menudo que es Carey.
  - -¿Le parece una tontería?
  - -No. Lo raro es que siento que es verdad.
  - -¿Además del parecido físico?
- —Aparte de él. Existe un efecto de la individualidad, completamente independiente de las cosas vistas y de las palabras habladas, así como la caligrafía produce un efecto, tiene una humanidad especial, que en nada se relaciona con las palabras escritas; y una y otra vez, cuando ha estado usted detrás de mí en un cuarto o ha llegado al jardín sin que yo la viera, he sentido que era Carey quien estaba ahí.

Venetia sonrió al oírlo.

—Lo que ha encontrado usted en Carey es lo que Henry amaba en mí. Solía decir que yo era "absoluta" lo cual no significaba que era perfecta, o que era honesta o digna de confianza, aunque lo era, o que él podía confiar en mi palabra. No significaba, de manera alguna, que "nos diéramos por sen-

tado". Significaba que en alguna forma —tal vez porque el quererlo no era en mí una cosa nueva o separada, sino parte del amor—, en alguna forma le di a entender que él y yo no teníamos que seguir adivinando, año tras año, sino que la totalidad de nuestras vidas era ya una, el futuro y el pasado. No había la menor idea de que el uno pudiera traicionar al otro; sabíamos, me parece, que aunque lo hiciéramos no habría diferencia; seguiríamos siendo uno; y cualquiera que se interpusiera entre nosotros, nada importaría al final; nadie nos partiría en dos.

-Entonces por qué... - empezó Richard.

組

183

30

-¿Por qué me fuí? ¿O por qué me dejó ir?

-¿Existe una respuesta para ambas preguntas?

-Ninguna de las dos la tiene... excepto que yo no creía que me iba y él que me había ido. Si me pregunta por qué elegí al otro hombre —la primera vez, quiero decir- la contestación es que no lo elegí. Me acosté con él. Debió ser para mí algo hecho y terminado. Justamente porque amaba a Henry y lo amaría siempre, me complacía pensar que una vez había habido un hombre que no era Henry. ¿Comprende usted? Es una explicación, no una excusa. Siempre me ha divertido ponerme el vestido de otra mujer; era el mismo impulso... igualmente superficial. Aparte de que Besting se había molestado mucho por mí y por eso le tenía simpatía, era un ser anónimo. Y entonces se lo dije a Henry. No era el lujo de la confesión. No era para tranquilizar mi conciencia. Ni siquiera tenía un sentimiento de culpabilidad. Se lo dije... -guardaba silencio, luchando por encontrar la verdad-, se lo dije porque, para mí, las palabras tienen vida. ¿Ha escrito usted alguna vez una carta sin intención de mandarla, y le ha puesto la estampilla sin intención de mandarla, y ha salido con ella a la calle... siempre sin intención de mandarla y, de pronto, la ha oído caer dentro del buzón? Después de eso -añadió- siguió todo lo demás, siguieron las palabras, como cuñas hundidas por pequeños golpes de reproches, vindicación, desconfianza y mentira. Sabíamos lo que estaba ocurriendo. Cierta vez nos sentamos juntos y dijimos: "Estamos perdiéndonos mutuamente. Nos queremos. Estamos perdiéndonos mutuamente. Hablemos de ello y aclarémoslo bien". Pero no pudimos. Palabras. El nombre de Besting. Tuve que justificarle. Henry tuvo que hablar de él como si... lo recuerdo ahora. Recuerdo claramente las palabras. Henry y yo habíamos ido a la orilla del arroyo. Allí podíamos decir con mayor tranquilidad lo que teníamos que decir. Ni siquiera en ese momento creíamos que estábamos perdidos. Hablé de mi casamiento con Besting porque en mi corazón no lo creía. Dije que podría suceder, pero no lo vi sucediéndome. Le dije que Besting no era lo que él suponía, sino que, de veras, quería casarse conmigo. "Tendrá que conformarse", dijo Henry. Yo sabía que había algo detrás de la elección de esa palabra. Tenía para nosotros un significado especial, una especial amargura despectiva, pero no supe definirla y como una tonta, pregunté: "¿Conformarse?". Y como un tonto, Henry me preguntó si había olvidado los versos de Hardy titulados The Conformers que muchas veces habíamos leído juntos. No creyó que los hubiera olvidado. Creyó que mentía o que estaba asustada. Los recitó. "Tú y Besting —dijo—, un casamiento encantador... puedes recitarle Hardy durante el desayuno:

We shall not go in stealth
To rendez-vous unknown.
But friends will ask me of your health,
And you about my own.
When we abide alone,
No leapings each to each,
But syllables in frigid tone
Of household speech" 1.

Palabras. Más y más palabras que ninguno de los dos teníamos la intención de decir. Los que aman deberían con frecuencia guardar silencio. —Levantó la cabeza y la sacudió como para romper la trama de ese equívoco—. No nos separamos —prosiguió—: nos dijimos recíprocamente palabras a través de la oscu-

1 Nos iremos furtivamente
a misteriosos rendez-vous.
Pero los amigos me preguntarán
sobre tu salud,
y a ti sobre la mía.
Cuando vivamos solos
no habrá más saltos del uno
hacia el otro,
sólo sílabas en tono frígido
de lenguaje doméstico.

ridad y, cuando estiramos las manos, nos desencontramos, no pudimos encontrar otra vez nuestras manos.

-¿Pero ahora? - preguntó Richard.

tre

in a

2532

di.

数

—¡Ah! —replicó ella—. ¿Me lo pregunta seriamente? A veces estamos Henry y yo muy cerca. Pero nunca, nunca podremos tocarnos mientras Carey esté entre nosotros. Él y yo seremos siempre una sola persona. Siempre lo hemos sido. Es posible que dos personas sean una, aunque no puedan tocarse. Por lo tanto, están mejor separadas mientras viven. Después, la cosa puede tal vez cambiar.

Tomó la mano de Richard, en la misma forma en que Carey la tomaba a veces, y dijo:

—Procure-recordar esta conversación que ha tenido conmigo. Cuando los suicidas se matan por claros y buenos motivos, la justicia añade siempre el estúpido insulto de que se han eliminado en un momento de debilidad mental. No me mataré. Sigo sintiendo ansias de vida, a pesar de lo que es la vida. Pero me iré. Y cuando me haya ido, no les permita decir que yo era loca o histérica y no permita que Henry me siga. Sé perfectamente lo que hago y por qué. Y que no cuenten la ridícula historia del sacrificio heroico de sí misma que hace una madre por su hija. Es verdad que he empezado a verla como algo distinto ...a "reimaginarla" tal vez. No soy mala ni tonta. Pero lo que hago lo haré con entera deliberación... tanto por mí como por ella.

El impulso de discutirle era fuerte... el de decirle: "¡no se vaya; de nada serviría; irse ahora sería la última traición!" Así como jamás se cree a un hombre que declara su propósito de suicidarse, Richard no creyó que fuera firme la intención de irse de Venetia, y no deseó, discutiéndole, cristalizarla. No se debe argumentar con una mujer que tiende a dramatizarse si se quiere que abandone el papel que interpreta. Para esa mujer la discusión equivale al aplauso. Hay que esperar hasta que se canse de su actitud. Y Richard sólo se permitió decir:

-Pero recuerde: usted no dejará vacío el cuarto aunque se vaya.

-¿En lo que se refiere a Henry?

Richard lanzó una flecha al azar.

\_O a usted.

—; Ah! —exclamó ella— ¡qué crueldad! ¿Qué sabe usted? ¿Por qué dice eso?

Al hablar con Richard, Venetia se proponía verdaderamente dejar Water House. No sabía cómo. De repente, sin despedidas... indudablemente; ¿pero cómo? ¿por tren? ¿en automóvil..? No había planeado nada. Tenía que dejar atrás lo que poseía. Debía desaparecer definitivamente sin dejar dirección. Esa noche contó el dinero de su cartera... cuatro libras, tres florines, seis peniques, un billete de cien francos, ahora presumiblemente sin valor... y se alegró al descubrir que era tan poco porque prestaba a su ida una desesperación, una emoción que reforzaba su coraje. Al día siguiente y al otro día empezó a despedirse de la casa. Todo lo que hacía era por última vez... o casi última. Entró en la biblioteca de Henry mientras éste trabajaba -lo cual le gustaba, ella lo sabía, siempre que no le hablara— y sacó de los estantes libro tras libro, por el extraño placer y la agonía que significaba reflexionar que ya nunca los leería y que al ponerlos nuevamente en su sitio, los tocaba por última vez. "Mañana - pensó - me levantaré en cuanto haya luz y caminaré hasta la estación. Llevaré nada más que mi valija de mano, cualquier otra cosa sería demasiado pesada, y compraré un boleto para... para Cambridge quizá, pero bajaré en alguna estación anterior... Henry no sabrá dónde".

Pero desaparecer en tiempos de guerra no era fácil. Tendría que llevar su tarjeta de racionamiento, y sintió desfallecer su corazón al pensar que, en alguna forma, se vería obligada a robársela a la señora Durrant. Primeramente habría que descubrir dónde la guardaba; aun así, ignoraba cuántas hojas, cuántos cupones podría haber depositado la señora Durrant en los comercios locales; no entendía de hojas y cupones; la dificultad de hacer lo que quería hacer trababa su voluntad. Y, de pronto, miró los hombros de Henry agachados sobre su escritorio, y sonrió con una larga, profunda y secreta sonrisa, pensando: "si el Proveedor Universal estuviera aquí, diría: "Déjamelo a mí, querida niña. Mandaré mi Rolls Royce. Lo arreglaré todo para tu viaje". Pero el Proveedor Universal estaba en su urna. Puso su brazo sobre el hombro de Henry, acercó su cara a la suya y lo besó. Era la primera vez, desde su vuelta, que ella por propia iniciativa lo besaba; recordó que si se iba a la mañana siguiente, sería

la última; sus ojos se llenaron de lágrimas; se apartó de él y volvió a su silla junto a la biblioteca. Si ese día era el último, quería por lo menos no interrumpir su trabajo con una escena emocional.

Henry dijo: "Dios te bendiga, Venetia. Lo deseaba", y ella oyó su pluma correr sobre el papel y los pequeños movimientos que hacía en la silla de vez en cuanto para cambiar de posición, como los había oído cuando él, de vuelta de su prisión en Alemania, había dicho: "Ahora podemos hacer el trabajo que queremos hacer". En aquel entonces, mientras él hablaba, Venetia tenía a Besting en la imaginación, pero le había dicho a Henry lo que había que decir sin ningún temor. Ella y Henry estaban otra vez juntos, su unión, la excepcional unión que era también compañerismo, jamás se quebrantaría ni en espíritu ni de hecho; había creído que al volver de sus vacaciones en Francia se instalarían nuevamente allí, que ése sería siempre su hogar, aunque tuvieran que pasar temporadas en Londres mientras él siguiera ejerciendo en el Foro, y que allí con Carey, su hijita, y tal vez un hijo, envejecería feliz.

Ahora, con un violento esfuerzo mental, trató de burlarse del sentimentalismo de esta evocación, pero no pudo. Se vió sola en la tarde siguiente —habría llegado allí a la hora del almuerzo— en alguna hostería cerca de Cambridge. ¿Cómo pasaría la tarde? Deshaciendo las valijas —pero no habría ninguna valija que deshacer. Se sentaría a esperar y hablaría con el dueño de la hostería, y contaría su dinero que en ese momento sumaría ya menos de cuatro libras. Aun si volviera a Londres no podría ir a su viejo alojamiento con la señora Gedge, porque Henry la encontraría allí. Había un hombre llamado Phillerby que dirigía una escuela de arte comercial por correspondencia, quien le había dicho que si alguna vez necesitaba trabajo... pero de esto hacía ya varios meses; tenía su dirección, pero ¿había todavía escuelas de arte comercial por correspondencia? Desde el comienzo de la guerra el mundo entero había cambiado de dirección. Excepto Rydal, Water House, Sarley Down.

Había ido tan lejos en sus pensamientos —a tal punto se había imaginado en un subterráneo cerca de Euston, recordando esa casa, viéndose dentro de ella—que el rasguido de la pluma y el ruido de la máquina cortedora de pasto, que venía del jardín, la llenaron, con su realidad, de una intolerable sensación de la irrealidad de todo lo demás. Ya no podría volver al destierro. Era mejor morir. En su dormitorio había medio gramo de morfina que un joven médico, cuyo nom-

bre ignoraba, le había dado en calidad de pago en especies. Con anterioridad había fracasado dos veces en su intento de emplearlo. Esta vez tenía la seguridad de que no fallaría. Lo tomaría esa noche en su cuarto. Después, ¿sacaría Henry los muebles y vaciaría la habitación?

-Venetia -dijo él- ¿quieres casarte conmigo?

Giró sobre la silla y agregó:

-¿Por qué no contestas? Es una de las preguntas que es de buena edu-

Su tono sonriente y amable cambió en cuanto vió el rostro de Venetia. Ésta movió negativamente la cabeza y contestó:

-Me iré. Voy a estropear tu trabajo de esta mañana.

Se levantó para salir, y en la puerta añadió:

- -¿Por qué me preguntas eso ahora?
- -Me besaste espontáneamente.
- —¡Oh! —exclamó ella— ¡eso puedo hacerlo! ¡Mira... puedo hacerlo otra vez!

Henry extendió los brazos para estrecharla, pero ella, después de besarlo, se echó hacia atrás.

- -Venetia, me quieres ¿no es verdad?
- —Sí —contestó ella—. En este momento es cierto. En este momento te quiero con toda mi alma.
  - -Entonces, ¿adónde te vas?
  - -Al jardín.
  - -Si vas, voy contigo.
- -¡Oh, no! ¡Oh, no! -exclamó-. No puedes hacer eso. Quédate y continúa tu trabajo, si no me lo reprocharé.

Aun así, él la hubiera acompañado. Al advertirlo, ella se sintió súbitamente fastidiada y, pensando en el joven médico que le había dado la morfina, gritó:

-¡No quiero que me toquen!

Fué a su dormitorio para asegurarse de que la morfina estaba allí; luego se sentó en una silla junto a la ventana que daba al jardín y sintió a su alrededor el ambiente del cuarto.

Richard nunca había visto a Venetia tan amable y tranquila como esa noche

a la hora de comer. Hablaba con facilidad, sin imposición ni extravagancia. Al salir del comedor, Carey dijo a Richard:

-Esta noche está cambiada... como si algo dentro de ella hubiera tomado una decisión. ¿Qué ha ocurrido?

Su padre oyó la pregunta y dijo:

-Era así, Carey, cuando era joven.

Venetia se había adelantado y había entrado en la sala. Después de estar un rato allí le dijo a Carey:

-¿Quieres hacerme un favor? Tráeme John Inglesant.

- -Está aquí -contestó Carey-. Por lo menos, tiene que estar. Lo teníamos en este cuarto.
- —No. Ha sido colocado otra vez en su sitio. Está en la biblioteca, detrás de la silla del escritorio, a la izquierda, en el cuarto estante contando desde abajo. Lo vi esta mañana.
  - -Lo traeré -dijo Richard.
- -No. Quiero que lo traiga Carey, si ella lo desea. Quiero que sólo sus manos lo toquen.
  - -¿Qué es eso? -preguntó Henry sonriendo-. ¿Brujerías?
- —¿Cómo se dice? —replicó Venetia—. Hay una palabra latina para eso. ¿Cómo se dice cuando uno abre un libro al azar buscando un augurio?

Carey volvió con el libro y lo ofreció a su madre, pero Venetia no lo tomó.

- -Abrelo tú, Carey.
- -¿Dónde?
- -En cualquier parte.
- -¿Y se lo doy a papá para que lea?
- -No. ¿Quieres leer tú? Ven y siéntate a mi lado.

Carey vaciló, casi fué; pero con la excusa implícita de que Venetia no se molestase haciéndole un lugar en el sofá, se sentó en el suelo sobre las piernas, y con una sonrisa de pretendido misterio, como si desempeñara su parte en un juego, empezó a leer:

"Preferiría decir —replicó el español, y mientras hablaba su expresión era maravillosamente compasiva y cortés—, preferiría decir que hay hombres a quie-

nes Dios está decidido a ganar por medio del amor".

-Un momento, Carey -dijo su padre, y sólo cuando ella levantó interro-

gativamente el rostro hacia él, añadió para explicar su interrupción—, ha empezado a llover. Me parece que habrá tormenta. Mejor que cierre la ventana, Richard, o nos inundaremos.

Se había levantado viento; gruesas gotas iluminadas se deslizaban por los vidrios; el color del césped se acentuaba; los tiernos abedules sacudían sus copas.

"Preferiría decir - prosiguió la voz de Carey-, que hay hombres a quienes Dios está decidido a ganar por medio del amor. Terrores y castigos son para otros, pero aquéllos constituyen naturalezas selectas o, como los has denominado, los cortesanos de la casa de Dios. Créeme, a nadie pone Dios trampas ni se equivoca en su cálculo. Si prodiga su favor a un hombre, es porque sabe que la naturaleza de ese hombre responde al amor. Es costumbre de los reyes reunir en sus palacios a hombres tales que los deleiten con su conversación y compañía, amor ac deliciae generis humani, cuyo recuerdo se mantiene fresco y dulce, siglos después, cuando ya están muertos. Algo semejante, me parece, ha de hacer Dios para ganar a esas naturalezas en bien de la humanidad y para su propio deleite. Es verdad que tal privilegio exige una retribución, pero ¿qué mejor que la consideración de ese favor puede asegurar una retribución? Dices que has sido indigno de tal favor y que lo has perdido. No puedes haberlo perdido porque nunca fué merecido. Es la Real Gracia de Dios, otorgada a quien quiere. En tu caso, si no me equivoco, Dios te ganará mediante determinados e ininterrumpidos actos de amor".

Al llegar a este punto, Carey se detuvo, manteniendo el libro abierto sobre sus rodillas y marcando con el dedo el párrafo, con la evidente intención de continuar cuando pudiera. Sólo se oía el ruido de la lluvia. Después de un momento continuó:

"Puede ser que en algún otro lugar hubiera encontrado Dios otro trabajo para ti; no has logrado llegar a ese sitio; sírvele donde te encuentres. Si caes todavía más bajo o imaginas que caes más bajo, sigue sirviéndole en el lugar más bajo de todos. Dondequiera te encuentres..."

Los ojos de Carey se apartaron del libro. Henry Rydal, que de pie junto a la chimenea miraba a su hija, continuó de memoria:

"Dondequiera te encuentres sigue sirviéndole, y desafiarás a las imaginaciones y a las potencias del mal que se afanan por influir sobre una naturaleza sensible y emotiva y por precipitarla en la desesperación... Dios está con todos,

con los toscos y torpes y con los refinados y puros; pero los maneja por diferentes medios; a aquéllos con el terror, a éstos con el amor".

- -¿Sabes el libro de memoria? preguntó Richard.
- -Casi... este discurso de Molinos.
- -¿Lo conocía usted? preguntó Carey a Venetia.
- -Ahora lo recuerdo.

告

est.

La mirada de Carey fué del uno al otro. Finalmente dijo:

-¿Cuánto ha significado este libro para ti y mamá?

Era una palabra que nunca había usado antes al referirse a Venetia. Venetia la había notado —Richard no lo dudó— pero la dejó pasar con la misma naturalidad con que Carey la había pronunciado.

—No era un libro del Destino, si eso es lo que quieres decir —replicó Henry—. Era sencillamente un libro que leímos juntos durante unas vacaciones, pero encontrar un libro que esté a la altura de la felicidad es raro... más raro aún que hallar consuelo cuando el cuarto está vacío.

Al oír esto, Venetia volvió la cabeza hacia otro lado. Se pasó la mano por la cara como queriendo apartar lo que sus ojos veían. Pero se recobró rápidamente. En su actitud, en su gesto de apartar la mano, negándose a cubrirse los ojos, no había habido temor ni debilidad sino mucho valor decisivo, y Richard supo, inmediatamente, hacia cual decisión se aproximaba Venetia, y cuando la velada terminó y ella dió las buenas noches a todos y se dirigió a su dormitorio, se alegró al pensar que, por lo menos, la decisión no había sido tomada aún. El peligro, tal como él lo vió, consistía en que Venetia había cesado de dramatizarse a sí misma. En su actual estado de ánimo, si éste había de continuar, podría tener el valor de la desesperación.

Richard no durmió. Pensaba ir en busca de Henry Rydal para comunicarle sus temores, pero vacilaba. Lo que lo retenía era la seguridad de que no debía ausentarse de su cuarto. En una ocasión Venetia se le había confiado. Podría ser, si se sentía desesperada, que recurriera nuevamente a él. Le pareció que golpeaban a su puerta, contestó, pero nadie entró; y supuso que el martilleo de la enredadera en su ventana lo había inducido a error. Soplaba un fuerte viento, y cuando miró afuera, nubes oscuras se arremolinaban sobre la lividez del horizonte.

Poco después oyó, inconfundiblemente, un paso en el descanso de la esca-

lera. Tan seguro estaba de su intuición que caminó hacia la puerta y extendió la mano para abrirla, pero los pasos se alejaron y empezaron a ascender la escalera que llevaba al altillo. Tomó la linterna que tenía junto a la cama y los siguió.

Mientras subía al rellano superior, la puerta del altillo había sido cerrada, pero calzaba mal y dejaba filtrar hacia afuera un semicírculo de luz. Richard se preguntó qué podría andar buscando Venetia en el desván... tal vez algún recuerdo del pasado que estaba resuelta a llevar consigo. A él siempre le había repugnado imponer su presencia, especialmente cuando se trataba de alguien que se creía solo y seguro de no ser interrumpido; pero pensaba con lucidez; dejar de intervenir en ese instante podría traerle remordimientos eternos; por lo tanto, se adelantó, golpeó y al no recibir contestación, abrió la puerta.

No halló a Venetia sino a Carey. El desván era espacioso; el techo, muy inclinado, descendía hacia la derecha casi hasta el nivel del piso; la única ventana, tapiada, estaba incrustada entre las vigas. La bohardilla se hallaba repleta de cajas de madera, baúles, viejos archivos, muebles, y entre ellos una cuna de barrotes que hacía las veces de depósito de una casa de muñecas, un aguamanil blanco y la figura de madera, llena de polvo, de un negro con grandes ojos pintados. En el ángulo más alejado estaba Carey de pie junto a la cuna. Se hallaba en ropas de dormir y con el batón que usaba la primera vez que la había visto. La vela, colocada sobre una maleta chata, proyectaba hacia arriba las sombras de sus mejillas, y como no parecía haberlo oído entrar ni había vuelto la cabeza, sus ojos estaban en la sombra y Richard, en el primer momento, no pudo distinguir hasta donde se dirigían ni comprender lo que ella miraba con tanta atención. Tan quieta la veía que no se atrevió a hablar ni a moverse; las palabras que había dicho a Venetia volvieron a su mente y se preguntó si Carey estaría sonámbula; pero la naturaleza de su inmovilidad dió respuesta a su pregunta; Carey estaba despierta y atenta, toda la reciente perturbación de su espíritu había desaparecido, tenía esa serenidad, esa vitalidad en el reposo que puede haber en los retratos, pero rara vez en el semblante humano, sobre el cual la experiencia aparece tan fugazmente, la mayoría de las veces, que en ningún instante se destila la esencia del carácter.

Un destello de la vela sobre el borde de una moldura dorada hizo comprender a Richard que Carey estaba mirando un cuadro apoyado en el suelo, cuyo reverso, que veía de tres cuartos, le impedía divisar la tela, y aunque en seguida y naturalmente identificó el retrato, sintió como un sobresalto al pensar que a esa hora de la noche Carey hubiese subido a mirar el retrato de su madre, y que esa contemplación comunicara o restituyera a su rostro una belleza tan extraordinaria. Había en esa belleza algo embelesado, en suspenso y al mismo tiempo falible, que impulsó su corazón hacia ella; y el temor que ahora sentía le hizo ver cuán imperfecto había sido su cariño anterior.

Cuando ella lo vió fué sin sorpresa; antes bien lo reconoció con naturalidad y alegría. Mientras Richard se adelantaba, dió unos pasos hacia él y dejó que la tomara en sus brazos, sin aparente necesidad de decisión, como si estuviera escrito. En respuesta a Richard dijo:

-Sólo deseo estar contigo, mi amor.

La vela ardía detrás de ella. La luz se reflejaba en su pelo, pero él, al estrecharla, sólo veía la forma, no los detalles de su cara. Comprendiendo que ella había vivido una experiencia cuya naturaleza aún se le ocultaba, deseó mirarla, la hizo girar sobre sí misma sin dejar de abrazarla, de modo que también tuviera de frente la luz de la vela; y entonces al verla, al ver la bellísima forma de las mejillas que había heredado, recordó el retrato al cual se parecía tanto y del cual tanto difería; y de pronto ella le dió la pauta del futuro; su mente avanzó a través de los años; vió ese instante, no como un encuentro presente entre dos seres separados por la edad y la circunstancia, sino como parte de la continuidad de sus vidas indisolublemente unidas. Las palabras que pronunciaran en ese momento no harían sino confirmar un noviazgo tácito, y nada dijeron sino las pequeñas frases de mutua aceptación y alegría hasta que, al rato, ella preguntó:

—¿Recuerdas lo que te conté de aquella noche cuando era chica, en que fuí al cuarto de Venetia? Todo se repite... Esta noche, abajo, cuando me dió ese libro y yo lo leía, empecé a quererla... "Empecé" no es la palabra; sucede de pronto... Era como salir de un bosque espeso y sentir el sol en la cara, las manos, los brazos, en todo el cuerpo. No era sólo a causa de ella; quiero decir que ella formaba parte de esa tibieza y de esa luz —Carey hizo una pausa, buscando las palabras para comunicar su experiencia—. Uno está tendido sobre la tierra —dijo—, nada más que algo donde tenderse... se piensa en sí mismo. Luego uno se vuelve boca abajo y extiende los brazos y abraza la tierra entera

y...—se interrumpió sonriendo, luego continuó— sentí lo joven que ella era, y qué sola estaba, y qué ansiosa de no quedar al margen, y qué triste, triste, con la desesperación de jamás ser admitida. Lo sentí en mi propia sangre y en mis huesos; era yo, tanto como ella, la desechada; y sin embargo, cuando dijo buenas noches y me miró con mis propios ojos como si nunca más hubiera de verme, seguí sin poder hacer ni decir nada; la dejé ir. Pero en mi cuarto —prosiguió con frases entrecortadas por la agitada respiración— me puse otra vez a pensar en ella como cuando era chica y su cuarto estaba vacío, y sabía que ella estaba allí y no me asustaba, y me parecía natural y bueno que estuviera allí y fuí a mirar y papá vino... Si voy ahora a su cuarto —añadió después de una prolongada pausa—, la encontraré.

—Te esperaré. Quiero volver a verte esta noche —dijo Richard—. Es una noche extraordinaria. Mi vida empieza con ella.

Bajaron juntos al primer descanso de la escalera. Richard se detuvo ante la puerta de su dormitorio con la intención de esperar allí hasta que Carey hubiera entrado en el de Venetia. Hasta ese momento había compartido la seguridad de Carey sobre lo acertado de esta visita, pero ahora tenía miedo de lo que podría encontrar. Cuando Carey le soltó la mano volvió a atraerla, la estrechó y le dijo en voz baja:

—Carey, dijiste que te miró como si nunca más hubiera de verte. ¿Qué significaba eso?

-Tal vez, que pensaba no quedarse con nosotros.

Había duda en su respuesta. Evidentemente, ni la sombra del temor de Richard se había proyectado en ella. Estaba tranquila y sostenía firmemente la vela con la mano derecha.

-Anda, Carey -dijo él-. Creo que no hay tiempo que perder.

Lo miró sorprendida, pero obedeció sin preguntar, atravesó el rellano y golpeó a la puerta de Venetia. Richard no pudo oír si había recibido respuesta. Carey entró y cerró la puerta detrás de ella. Aguardó temeroso, casi esperando que sucediera, que ella gritara y regresara con el rostro alterado, apresuradamente, llena de alarma; pero transcurrió un minuto en silencio y se encontró en la oscuridad, apretando con los dedos el picaporte de su puerta. Sintió afluir el conocimiento de su vida; se sintió elevado por la extremada alegría que ello le causaba, como si volviera a la juventud; le pareció que la felicidad privada e

interior ahora dada y prometida era una prueba contra la desintegración del mundo y, en lugar de encerrarse en su cuarto, se dirigió al piso bajo, iluminando el camino con su linterna, ávido de estar al aire libre. Cuando salió al jardín sintió el golpe del viento, del cual ya no se acordaba, pero cruzó el césped rumbo al portón; su pensamiento se desvió hacia el trabajo que estaba realizando en Glazeden y que ahora le parecía no una tarea limitada por propósitos especiales sino un incidente comprendido dentro de una vida que incluía la guerra y se prolongaba más allá de ella. A través de una curva del camino, una huella pálidamente iluminada por el resplandor plomizo e intermitente del cielo, se introducía en la pradera después de pasar la barrera de un portón. Apoyado en él encontró a Rydal.

-No podía dormir. Muy caluroso y tormentoso. ¿Y usted?

-Salí a tomar aire.

自

i di

100

DE .

业

路

FILL

融

拉

山上

15

直包

如

di

Rydal le alargó su tabaquera.

—Quédese y fume. Tape el fósforo. Cuando el viento está de este lado, no se oye la sirena de Glazeden, pero hay un raid. Escuche.

Había en el aire una vibración de bombarderos y, lejos, hacia el sudoeste, el silencioso resplandor de bombas que estallaban.

- -En todo caso, no es en Londres -dijo Richard.
- -No. Son demasiado vivos.
- -¿Demasiado vivos?
- —Y sin embargo puede ser que no lo sean —continuó Rydal—. Son una raza curiosa. Creen patéticamente en el horror. Londres los tentará. Lo que les conviene, si se atreven, son los aeródromos durante el día, y ya lo creo que se atreven siempre que vayan ganando... pero Bond Street podría tentarlos. ¡Dios lo quiera! Porque podemos pasarnos sin Bond Street.

Mientras volvían, el viento amainó y se aclaró el cielo hasta dejar ver la luna.

- -Henry, voy a casarme con Carey. ¿Puedo contar con su buena voluntad?
- -¿Le dijo ella que sí?
- -No... con... esas palabras.
- -¿Se olvidó usted de declararse? ¿O ella? Así debe ser... ¿Cuándo?
- -Esta noche. Hace una hora.
- -¿Entonces donde está? ¿Por qué no está aquí?
- -Fué al cuarto de su madre.

- —¿A decirselo? —el tono de Rydal se hizo más agudo—. ¿Carey... a decirselo a ella? ¿Por qué fué?
  - -No por esa razón.
- —¿Por cuál razón, entonces? —replicó con atormentada, casi irritada sospecha. Después, como Richard no replicara en seguida, Rydal continuó—. Creo que es el fin, Richard. Parece que se va. Lo comprendí esta noche. No puedo retenerla. Creí que ella, yo y Carey... acaso usted también... —caminó unos pasos en silencio— "empezar de nuevo" no basta —prosiguió—. A decir verdad, siempre lo he sabido. Hay que nacer de nuevo. Las naciones tal vez pueden existir porque las viejas generaciones mueren y una nueva generación se educa y crece. Se deshacen de sus fantasmas. Tal vez los seres humanos no pueden hacerlo. Quizá es ahí donde me equivocaba.
  - -Henry, ¿la ha perdonado usted del todo por lo que hizo?
- —¿Perdonado? No. No, como un acto separado. No es necesario. Se "perdona" a un desconocido, no a la mujer amada. La he amado siempre. El amor incluye el perdón de todo mal antes de que éste sea cometido... antes, después, en todo momento. Pero la he perdido —agregó Rydal—. Adónde irá, no lo sé. Creo, por lo que aún pueda resultar, que la voy a perseguir hasta que la encuentre.
  - -Si ella se fuera no creo que podría -dijo Richard.
  - -¿Qué?
  - -Encontrarla de nuevo.
  - -Con el tiempo podría encontrarla.
  - -No donde ella iría.

Richard esperaba que Henry se mostraría escéptico respecto a la capacidad de Venetia para suicidarse, pero le contestó:

- -¿Carey está con ella? ¿Ella está bien?
- —Carey me dejó para ir a verla. Si no estuviera bien lo hubiera sabido. Cuando llegaron al jardín, Rydal se detuvo y miró hacia la ventana del piso alto.
  - -¿Qué impulso hizo ir a Carey? ¿Usted?
  - -Fué por su propia voluntad, Henry.

Rydal volvió su rostro hacia él.

-Por su propia voluntad -repitió-. Una vez -añadió-, cuando era

niña, creyó que había un fantasma en ese cuarto. Tuve que tranquilizarla... por lo menos creí que debía hacerlo; la llevé a mi cama; recuerdo que cantamos juntos; me preguntó que quería decir deshacerse de un fantasma. Quería saber cómo se hacía. Se lo expliqué...; Dios me ayude! ¿Cuál sería su respuesta a una criatura que le preguntara cómo hay que hacer para deshacerse de un fantasma?

Con el placer de un narrador que en su historia da una pronta respuesta a un acertijo insoluble, Richard contestó:

-Cantos y amor, Henry.

Rydal le tomó el brazo.

-; Carey le contó la respuesta!

-Sí.

—¡Así que la recordaba! ¡Ah, Dios mío! —exclamó Rydal—. ¡La recordaba!

Cuando llegaron a la puerta, vieron a su lado un destello de luz procedente de la ventana oscurecida de la sala. En el vestíbulo, Rydal gritó: "¡Carey!" y entró. Estaba sentada en el taburete del piano, mirándolos. Henry empezó en seguida a interrogarla, pero ella lo interrumpió y dijo:

-Está bien, contenta y dormida.

- ¿Estaba dormida cuando entraste?

-No.

-Cuéntame Carey. Cuéntame todo lo que hay que contar. Cuando la encontraste...

—Conversamos, papá. No mucho. La abracé. Luego me pidió que le leyera, y así lo hice. Después dijo que deseaba verte. Luego, de pronto, me besó y se quedó dormida.

-Iré a verla -dijo Rydal.

Carey le puso la mano en el brazo.

-No. Tienen toda la vida por delante. Ve por la mañana, cuando despierte.

Londres, primavera de 1941.

CHARLES MORGAN.

# NOTAS

## Los Libros

#### POESÍA

SILVINA OCAMPO: Enumeración de la patria (Sur, Buenos Aires, 1942). —

Alguna vez yo bosquejé la historia de un hombre portentosamente dotado de una perfecta percepción del mundo sensible y de una perfecta memoria. Cometí dos errores circunstanciales: no lo hice mujer, no lo hice japonés o chino. Plenamente olvidé que a juzgar por el testimonio secular de sus literaturas, el hombre occidental apenas percibe los colores y formas del universo. Goethe (Materialien zur Geschichte der Farbenlehre) hace notar la incertidumbre de griegos y romanos en el manejo de los nombres de los colores; Ruskin (Modern painters, IV, 14) análogamente recuerda los vinosos o purpúreos mares homéricos y la verde arena de Sófocles. Homero ha sido acusado de daltonismo; un ciego pudo haber redactado el Quijote. A Góngora le gustan las palabras que denotan colores, pero es tan desdeñoso de lo visible que suele equiparar la mujer desnuda a la nieve, por la razón verbal de que a las dos podemos calificarlas de blancas. (Me dirán que la nieve es una hipérbole de la claridad; la púrpura, una hipérbole del azul. De acuerdo, pero el hábito de esas imprecisiones arguye indiferencia por el color.) La mitología suele ofuscar la visión de Shakespeare. A principios del siglo diecinueve, Coleridge y Wordsworth denunciaron el carácter convencional de casi todas las descripciones poéticas del dieciocho. La ciudad, ese hueco organismo artificial de grutas alineadas y escalonadas, no figura en las letras antes de Balzac y Dickens...

Lo anterior no quiere decir que la literatura tiene la obligación de ser un instrumento pictórico ni que el Adolphe sería fatalmente mejor si lo hubiera dotado de auroras el ocular vizconde de Chateaubriand. Quiere decir que poetas

y novelistas ignoran el mundo visible o lo reducen a unos pocos símbolos heredados. Todas las flores son la rosa, el ruiseñor es todos los pájaros, el silencio y la lámpara son la noche. No así, por cierto, en Enumeración de la patria. Nítidos y puntuales recuerdos convergen inagotablemente en sus hojas. Voluntariamente prescinde de nombres propios y de locuciones vernáculas, pero de ningún otro texto de nuestra literatura ya secular trasciende con igual plenitud la inmediata, infinita presencia de la República.

No es ilegítimo comparar los primeros poemas — Evocación de Córdoba, San Isidro, Plegaria de una señora del Tigre, Buenos Aires,...— con las Odas congéneres de Lugones. Silvina Ocampo escribe, o da la impresión de escribir, ex abundantia; Lugones, para ejecutar el proyecto (menos indigno de un anuario que de un hombre sincero) de venerar todas las variedades locales de la ganadería y la agricultura. Más condenable aún que el proyecto es la torpeza con que anuncia el autor las etapas de la corvée: Alcemos cantos en loor del trigo, Celebremos la caña del ingenio, Cantemos la primicia de la lana, Cantemos a la leche cuyo gusto, Reclamemos la enmienda pertinente, Cumplamos con el buen veterinario, Alabemos al lino que florece... Los endecasílabos que he citado son articulaciones o conjunciones del poema total; hay otros cuyo vocabulario y cuya métrica prefiguran los de Enumeración de la patria. Estos, por ejemplo:

Embellecía un rubio aseado y grave Sus pacíficas trenzas de señora.

Uno de los espléndidos atributos de Enumeración de la patria es la casi inhumana, casi estoica impersonalidad. Hazlitt ha dicho memorablemente de Shakespeare: He was nothing in himself; Bernard Shaw ha declarado de Bernard Shaw: I am of the true Shakesperean type: I understand everything and everyone, and am nobody and nothing. Yo sospecho que para Silvina Ocampo, Silvina Ocampo es una de tantas personas con las que tiene que alternar durante su residencia en la tierra. Si alguna vez ha intercalado su nombre en el endecasílabo 1, lo ha hecho para ensayar un efecto retórico de los persas y de algunos

<sup>1</sup> Y yo, Silvina Ocampo, en tu presencia abstracta he visto tu posible ausencia...

occidentales: Browning, Herrick, Ben Jonson 1, Ronsard, Virgilio... Los poetas actuales no versifican en función del poema sino en función de la personalidad que cultivan, o sea de un juego de manías, rutinas e inhibiciones, amorosamente aduladas y exageradas. Desde que Walt Whitman redactó los vastos poemas del imaginario Walt Whitman, casi no hay escritor que no se desdoble en un doppelgaenger. Todos premeditan el monopolio de alguna circunstancia: A, quiere ser continuamente riojano; B, judío; C, gitano y sonámbulo; J. L. B., porteño. Son amateurs de la indigencia, estudiosos del límite. En este mundo de personas que aspiran (victoriosamente) a monótonas, asombra la catolicidad de Silvina Ocampo. A veces, pone su vida en el poema:

Al recuerdo futuro, fiel, le diste una fotografía que persiste. No supo tu modestia lo importante que era tu imagen en aquel instante.

No elegiste tal vez la balaustrada del jardín donde estabas reclinada...

(El retrato)

#### Pero también la de un aroma:

...las parecidas manos, el cuidado, la estación y la sangre de la tarde, no podrán repetir exactamente los túneles oscuros de mi aroma: infinitos serán en la memoria los complejos caminos del perfume...

(Epitafio de un aroma)

### Pero también la de una nube:

No conocí las formas de mis caras. El color del poniente me inquietó:

And there he lives with memory, and Ben Jonson, who sung this of him: ere he went...

pude ser un incendio, una batalla, un jardín adornado con basuras. ¡Oh eminentes señores del futuro!

Me contemplaron dieciséis terrazas, tal vez un pájaro en las piedras húmedas, una mujer, un niño (tristes, jóvenes) y no el Emperador que me esperaba.

(Doce epitafios, IX)

Pero también la de un muerto:

Este es mi primer sueño con naufragios, no tendré que olvidarlo nunca. Oscura es el agua en los sueños, fría y dura. Mañana tendré miedo de presagios.

(Epitafio de un náufrago)

La penúltima pieza que he trasladado sugiere historias irrecuperables y antiguas, pero (aunque mutiladas) patéticas; los cuatro versos de la última resumen un cuento fantástico: la narración de un muerto que aturdidamente ignora su muerte y que teme los hechos irreparables por considerarlos premoniciones.

Los reparos histórico-sociológicos han contaminado el puro goce estético. Schopenhauer (Parerga und Paralipomena, II, 282) anota que el público se fija en la materia y nunca en la forma; no sé hasta dónde gustará de un libro como éste, cuyo atributo más notorio es la perfección. Si alguien lo duda, que relea cualquiera de los espléndidos Epitafios o las poesías Buenos Aires, Euterpe, A una persona dormida. (En ésta, Silvina deplora que los sueños no se comuniquen e interpenetren. Olvida que los sueños compartidos ya existen: son la vigilia).

Hace tiempo que las muchas literaturas cuyo idioma es el español no producen un libro tan diverso y tan continuamente admirable.

JORGE LUIS BORGES

VICENTE BARBIERI: La columna y el viento (Sur, Buenos Aires, 1942). —

La poesía de Vicente Barbieri define y representa, con la sencilla precisión de un emblema, los gustos más persistentes de la lírica española y americana de nuestro tiempo. Distingue a sus versos un riesgoso aire de época, modalidad que

por ser suya y del tiempo, los recata y esfuma pudorosamente.

Los dilatados poemas de La columna y el viento son ámbitos felices donde se cumple una veloz y cuantiosa concentración de estados emocionales, una tenaz multiplicación de atributos y símbolos. Las imágenes libertadas por el poeta obran a manera de poderosa descarga, ocasionan un largo deslumbramiento y vienen a reemplazar al tema o asunto esperado, que a menudo se desvanece tras ese complejo y hermoso aparato de exaltación.

De modo excluyente, Barbieri adopta un método conjuntivo que le permite ligar, en fraternidad delicada aunque también invariable, las más dispares o lejanas representaciones. Su pasión enumerativa no tiene por finalidad crear ambientes ni reflejar aspectos del mundo externo, como ocurre en otros poetas: tiende más bien a destacar, mediante una larga serie de predicados líricos, algunos movimientos del ánimo que hacen las veces de circunstanciales puntos de partida. La operación de orden poético que Barbieri realiza con mayor acierto y destreza es la suma, la venturosa reunión de elementos destinados a esclarecer una emoción, un recuerdo:

Bosque angélico — roca en la espesura para el descanso de tu mano abierta, junto a tus alas de final aroma.

Bosque angélico — fuente en la más pura floresta de la pena verdadera para gemir en cruz: dardo y paloma.

Más que desarrollos, hay acumulaciones en estas intensas páginas, lo que no impide, por cierto, que el poeta se muestre pródigo en versos afortunados y en hallazgos de noble magnificencia.

Los temas o asuntos que integran este libro aparecen como traspuestos a un registro desde el cual no es posible establecer confrontaciones con la realidad. Puesto que se ha cumplido una transmutación total, ese universo allegado a la magia carece de las apoyaturas y contrapesos que reclaman otras estirpes de poesía.

Por lo general, el proceso de la creación lírica deja traslucir un necesario vaivén, un difícil compromiso cuyos términos son el entusiasmo y la coherencia. Barbieri, más animoso que verosímil, gusta extraer todas las posibilidades de una sola proyección poética. Como Neruda en el orbe del obscuro desaliento y —recurrimos a otro ejemplo ocasional— como Kafka en su perseverante zozobra, nuestro poeta es hombre de un solo efecto. Por lo demás, las similitudes anotadas, provenientes de comunes restricciones, no permiten establecer ninguna hermandad literaria: se trata, exclusivamente, del ademán con que todos ellos ocupan determinadas zonas de la realidad y de la ficción.

Existe un tipo de poesía que renuncia a manejar un "idioma propio" y que, para fortalecerse, se incorpora el lenguaje hablado, cotidiano. Tanto el municipio de Carriego como el mundo de Whitman —para no citar sino a dos americanos dispares— encontraron expresión dentro de esa vasta y receptiva corriente, cuyo ímpetu, hace algunas décadas, fué realmente avasallante. En nuestros días, se aspira a utilizar un lenguaje ritual y ceremonioso que no mantenga contacto alguno con el habla cotidiana. Los líricos actuales parecen atenerse a un vocabulario diferenciado y nada fácil a las contaminaciones. Barbieri, antes que acceder a la novedad temeraria, prefiere mostrarse fiel a los profundos dictados de nuestra época. Lejano de toda realidad torpe o ingenuamente exterior, despliega una fastuosa simbología y es puesto en movimiento por "serenos corceles", "ángeles desolados", "capitanes de lirios", "alabadas torres" y "aceites gloriosos". A la serena belleza de estas menciones vienen a sumarse algunas diademas, insignias y vitrales que contribuyen a liberarnos de toda duda respecto al tono heráldico y reposadamente majestuoso de La columna y el viento.

En los dominios del arte, y en los otros, la subjetividad absoluta equivale a la libertad total. Frecuentemente, la ausencia de una ley constructiva nos lleva, de modo insensible pero directo, a convertir la sorpresa en suprema ley. El hallazgo, la frase brillante, la imagen sorprendente, cuando satisfacen con docilidad nuestra expectativa, nos acostumbran al milagro, nos adormecen a un alto nivel de lirismo. Esa prodigalidad, potenciada en rutina, funciona con la inhumana exactitud de un mecanismo, es decir, libre de alternativas y contradicciones.

En este libro de Barbieri, el acervo formal es prodigiosamente homogéneo y el método constructivo no acusa mayores variantes. Los giros y modos verbales, consecuentes con el principio de identidad, reaparecen periódicamente y, a pesar de las sucesivas y veloces imágenes que hacen de cada poema un hermoso delirio, éstos se destacan por su inmovilidad y su calma. Creemos que ello se debe a la persistencia de algunas inclinaciones técnicas:

Los donceles del claro corazón de aventuras, y sus vírgenes íntimas. Los serenos corceles de los hondos grabados donde el tiempo moría entre tenues palomas, con amorosas hiedras y copas de ceniza.

Deslindada comarca, yo viviré en la búsqueda de tus dulces cabañas. Mirador de mi muerte, yo espero de tus óleos la niebla delicada. Pórtico de racimos, tu enero me reciba con la frente sin ansias.

Los tres últimos versos, especialmente en los incisos iniciales, presentan las mismas características.

Requieren cierta brevedad las creaciones poéticas que no responden a un propósito narrativo y que sólo pueden mantener el interés del lector a base de hazañas puramente formales, sintácticas. Ello no obstante, los extensos poemas de Barbieri no pierden su poder atractivo y, como ya lo dejamos señalado, casi nunca pueden esquivar la esplendidez y el acierto. Creemos que alguna vez los obstruye el exceso de magnificencias, pero ese aire grávido en ningún momento afecta la serena dignidad de su contenido. Por lo demás, todos sabemos que las fallas y los desvanecimientos humanizan, acercan y permiten llegar a la intimidad dramática del escritor.

Reproducimos algunas secuencias típicas:

Alcanzaban las manos sus estrellas, grave su sien, alcázar sus virtudes, valle de la quietud, y enamorado: yo sé las mariposas de tus huellas, y busco tus posibles latitudes, país del huerto, litoral amado.

Es grato recordar, también, estos versos excelentes:

...el aire era salobre, el agua adversa. ...miro crecer mi soledad armada. ¿Qué voz lo dice, en lágrimas quebrada? No son pocas las páginas en que nuestro lírico alcanza el pleno dominio de sus medios expresivos. La ternura y el júbilo, en proximidad constante, animan los momentos más altos de este valioso libro. Por todo ello, es dable afirmar que Barbieri ha superado sin esfuerzo sus empresas anteriores. Y si bien es cierto que la Belleza lo atiende con severidad en algunas instancias de su labor creadora, no es menos cierto que La columna y el viento señala la presencia de un auténtico poeta en cuyo espíritu se conciertan los más nobles atributos.

CARLOS MASTRONARDI

#### DRAMA

Leo Ferrero: Quand les hommes rêvent (Editions de Présence, Genève, 1942). — El último volumen póstumo de Leo Ferrero contiene tres dramas escritos antes de Angélica, de los cuales uno, totalmente inédito, se titula Cuando los hombres sueñan o Peso de oro. A los quince años Leo había comenzado una obra llamada Il falso idealista: un joven pasa por idealista mientras vive bajo la influencia de su madre, quien lo inspira en este sentido; más tarde, desmiente su idealismo en la vida que lleva junto a una mujer vulgar: el protagonista de la obra no es, en suma, sino un hombre-reflejo. Debemos creer que esta idea de la oposición entre la veleidad y la realidad, entre la naturaleza —y el destino que en cierta medida aquélla nos asigna- y el ideal que inflama nuestra imaginación, preocupaba a Leo Ferrero, ya que es la misma o casi la misma idea que bajo otro aspecto, más substancial, retomó en este nuevo drama, del cual escribió numerosas versiones, algunas en francés, otras en italiano. Estos esfuerzos debían culminar en la composición de Angelica, que traza el retrato de un idealista auténtico, señala a qué clase de dramaturgos pertenecía Leo Ferrero, y cuál era el ideal, esta vez totalmente espontáneo y como innato, que perseguía en el teatro. Importa poco que un drama se sitúe en un mundo ficticio; lo que decide su alcance es la especie de fuerza que lo anima, aquella a la cual se apega la imaginación de quien lo escribió: fuerza de la acción, de las peripecias que solicitan al público, o fuerza de una visión del mundo que penetre y domine a los seres y sus actos. Le he oído decir a Paul Claudel: "No hay más drama

substancial que aquél concebido por un autor torturado por un "tema" que desgarra sus entrañas y lo lleva a entregarnos todo lo que puede dar". Claudel quería decir, seguramente, que para llegar a la expresión constante de su mensaje, el dramaturgo debe afrontar, no sólo la idea de una acción dramática determinada o de un personaje determinado, sino un "tema", así como en la vida es la experiencia, el choque de los acontecimientos, los que obligan al hombre a revelarnos quién es. Este "tema" no es una tesis, no podría reducirse completamente a la idea o al núcleo de ideas que nuestra lógica desprende de la acción dramática; consiste, más bien, en una determinada dirección de la visión que ilumina de cierta manera a seres y acontecimientos, y deduce de ello un sentido. Poco importa, entonces, que seres y acontecimientos pertenezcan a un mundo de héroes o a la realidad próxima: lo que cuenta es la realidad humana de esta visión, cargada de intuiciones y de sentimientos que allí se nos revela. Leo había resumido el asunto de su drama en el siguiente prefacio:

"Es el drama de un idealista. Jean-Sébastien Mizzan descubre, de pronto, que está por debajo de sus ideales. Estos ideales los ha reflejado en él, con fuerza centuplicada, Natalie, su mujer, quien cree ciegamente en ellos y dedica su vida a realizarlos. Pero Jean-Sébastien abandona la lucha que había emprendido con el objeto de salvar a unos mineros atacados por una enfermedad misteriosa, en cuanto encuentra otra mujer que satisface, no sus ideales, sino sus instintos secretos y sus deseos, y en esta crisis, viéndose por primera vez tal como es, se desploma; en tanto que su mujer comprende que se ha engañado toda la vida y que su marido ha dejado de amarla precisamente porque ella ha tomado demasiado en serio su programa teórico. Pero en el último acto, al ver que la vida de su marido está comprometida para siempre en este empeño de hallar la grandeza, y que fuera de este clima no puede vivir, Natalie vuelve a infundirle confianza, demostrándole que sólo es grande moralmente aquél que quiere serlo. Y aquí es donde ella se revela como la verdadera protagonista del drama".

Esta obra expone, pues, el conflicto surgido en la persona del doctor Jean-Sébastien Mizzan entre el destino que nos asigna la naturaleza y el ideal, como lo dice el título, con que sueñan los hombres. Pero justamente porque el autor siente este conflicto como un tema, este tema, móvil espiritual, se hace sentir a lo largo de todo el drama y a través de todos los personajes que actúan, seme-

jante al flúido nervioso que penetra en todas las partes de un organismo. No sólo el protagonista, Jean-Sébastien Mizzan, sino también Natalie, su mujer, su amiga Maggie, y hasta los representantes de los mineros que aparecen en escena, son seres a quienes atormenta el conflicto entre lo que son y lo que quisieran ser o realizar. Además, como la visión dramática que el tema orienta no se detiene en las figuras sino que penetra en el corazón de las cosas, allí donde todos los aspectos del ser se tocan o se reúnen, despierta inmediatamente nuevos temas. La aventura de Jean-Sébastien Mizzan hace surgir frente a él dos figuras de mujeres: Natalie, la mujer que ama a su marido por él mismo y Maggie - "eine frivole schöne", hubiese dicho Goethe- que hace de Jean-Sébastien el objeto de su capricho. Y como Natalie salva con su amor a Jean-Sébastien de la ruina y del fracaso, esta lección de amor verdadero se destaca en el drama con la misma fuerza que aquella que surge del conflicto que atormenta al protagonista. Pero la riqueza del drama, cuando ha sido concebido con ese espíritu y cuando ilumina con la luz espiritual de un tema un pequeño mundo escogido, está precisamente en superar en todo y por todo su propósito.

岫

tili

ŠE.

26

均加

E 1

11, 02

sinh

8,00

bin

山西

恒点

27 CO

min

祖祖

自計位

meiste

met l

中年

nice the

4000

detor

e sett

El drama comienza con una escena encantadora entre Natalie, esposa del doctor Mizzan, y su hijo Pierrot -escena que nos permite conocer las investigaciones científicas que realiza el médico para salvar a un grupo de mineros de la enfermedad que los amenaza, y la preocupación de Natalie por ayudar a su marido. Esta escena resulta encantadora, además, porque Pierrot, con sus ocurrencias y sus observaciones, evoca el recuerdo de un pequeño Leo cuya precoz e ingeniosa intuición de las cosas humanas nos ha sido narrada por su madre. Llega Jean-Sébastien, a quien acaban de hacer víctima de una confabulación en la Universidad. Se percibe que es un ser atormentado, sin fuerzas suficientes para defender sus ambiciones de hombre y de sabio contra los reveses del destino y la injusticia de los hombres, mientras que el amor —o el deseo de hacerse amar, poco importa en verdad- inspira a Natalie el camino justo para impulsar a su marido hacia las únicas cosas que cuentan. Llega después a visitarlos su prima Maggie, hermosa, coqueta, caprichosa, agitada por una vida llena de aven-Jean-Sébastien, en un principio, se mantiene frente a ella a la defensiva, porque un recuerdo, anterior a su matrimonio, los liga peligrosamente. Pero Maggie tiene una propiedad en la isla de Elba, donde viven los mineros a cuya

salud se ha dedicado Jean-Sébastien. Y Natalie, con una de esas cegueras habituales en el amor, señala las ventajas de irse a vivir a la casa de Maggie, donde Jean-Sébastien podría realizar su sueño científico y humanitario.

Segundo acto. Estamos en la isla de Elba. Natalie trata de influenciar a los mineros para que tengan confianza en su marido y se presten a sus experiencias. Jean-Sébastien sorprende estas gestiones y su amor propio se resiente. Comienza a rebelarse contra un amor que parece conocerle mejor de lo que él mismo se conoce. Desalentado, además, por la resistencia y desconfianza que le oponen los mineros, se repliega sobre sí mismo, maduro ya para acoger a Maggie, esa otra egocéntrica. Maggie aparece, en efecto, y sus frases ociosas, mediante las cuales la mujer sabe sacar partido de la vanidad y de la irritación del hombre, los lleva al recuerdo que los une. En una mutua rebelión contra los hombres y contra el mundo, deciden huir juntos en busca de lo que ellos creen su felicidad.

Tercer acto. Natalie sigue viviendo en la isla de Elba. Ha continuado, sola, los experimentos de su marido, y ha triunfado. Se ha valido de una mujer del pueblo para saber lo que ocurría entre los mineros. Emprende la tarea de convencer a los otros mineros de la vecindad que quieren oponerse por razones de interés práctico a que se les aplique el tratamiento preventivo inventado por Jean-Sébastien y que ha dado resultados tan brillantes. En la isla de Elba se reúne un congreso para consagrar los descubrimientos del médico. Jean-Sébastien y Maggie regresan. Sin cesar torturado y dividido, Jean-Sébastien se ha sentido vacío junto a Maggie. Maggie se ha sentido ineficaz ante él. Cuando se queja delante de Natalie de la vanidad de su vida, de la inutilidad de sus éxitos con los hombres, ésta le demuestra que nunca ha arriesgado nada, que nunca se ha entregado a nada.

—¿Pero, acaso es culpa mía? —dice Maggie—. Nunca he tenido que luchar más que contra mí misma.

—Ni siquiera contra ti misma. Era como reñir una batalla entre la mano derecha y la mano izquierda.

En una última conversación, Natalie conjura a su marido a aceptar el éxito que le llega tan inesperadamente y que consagra su ideal, porque este ideal tiene, pese a todo, raíces en él, y le dice que sus desfallecimientos no invalidan su necesidad de grandeza. Vivir, concluye Natalie, es luchar contra nuestro destino.

Es ésta la conclusión del drama. Su materia rica podría sugerirnos otras muchas. Un moralista haría notar, sin duda, que Sébastien y Maggie tuvieron que sufrir su destino porque no habían llegado a ese "olvido de sí mismos", condición única para entregarse a un ideal. Quizá Leo, de haber vivido, hubiese modificado este drama que rehizo tantas veces, para llegar a una conclusión más perentoria, o hubiese retomado el tema con otros datos. "¡Cuánto hay que inventar —decía Debussy— y luego sacrificar, para llegar a la carne desnuda de la expresión!" Tal como está, es un fiel espejo del alma de quien lo ha concebido y del alto propósito artístico que llevaba en él. Por ello será cara a los que le han conocido y amado.

ERNEST ANSERMET

#### ENSAYOS

Francisco Ayala: El problema del liberalismo (Fondo de Cultura Económica, México, 1942). —

Ayala analiza en este pequeño libro, con la fría inteligencia que le es habitual, el problema del liberalismo. Se interesa, como sociólogo, en descubrir las raíces históricas del liberalismo y las causas de su crisis presente. El liberalismo, como ideología y como movimiento político, es para él un fruto característico del modo de actuar, sentir y pensar de la burguesía moderna. Refleja la concepción predominantemente económica que la burguesía tuvo de la vida social y responde a las maneras cautelosas y astutas con que esa misma burguesía se fué adueñando del poder sin asumirlo nunca abiertamente. Todo el sistema de derechos y garantías de los Estados constitucionales modernos traduce también, según Ayala, una concepción burguesa de la libertad. El espíritu del liberalismo es, por lo tanto, el espíritu de la burguesía. Las consecuencias son claras: al perder la burguesía, como clase, su predominio social y económico, en favor de pequeños grupos plutocráticos, es natural que haya entrado a la vez en crisis —en definitiva crisis— la ideología liberal y las formas políticas que en ella se inspiran. La tesis de Ayala coincide así, por desgracia, con la de otros críticos antiliberales del liberalismo. Y si bien Ayala no es un antiliberal -en todo caso es un liberal en crisis-, se ve que está influído por una larga bibliografía antiliberal.

Ayala desarrolla su tesis con singular penetración y la defiende con minuciosa agudeza. Disiento, sin embargo, del punto de vista en que se coloca. Me parece injusta esta manera de considerar el liberalismo. No tanto por lo que tenga de errónea, sino por lo que tiene de limitada. Es cierto que el desarrollo del liberalismo coincide, en los tiempos modernos, con el desarrollo económico y político de la burguesía y que, en cierta manera, ambos desarrollos se identifican, pero esto es sólo una parte de la verdad. Para ser justo hay que introducir esa visión mezquina y humillante del liberalismo en una perspectiva más amplia. Porque el liberalismo, que ha dado su sentido ideal a la historia de Europa y América en los últimos tres siglos, es algo más que una sórdida estrategia de clase. Que la burguesía se haya identificado en cierto momento con el liberalismo, convirtiéndose en portadora, más o menos involuntaria, de la ideología liberal, no significa que el liberalismo sea sólo la postura ideológica ocasional de una clase determinada. Si el liberalismo tiene en la Edad Moderna, hasta el siglo XIX, un sello burgués, es porque los burgueses constituían la fuerza social más viva y vieron en la ideología liberal un recurso político eficaz para la realización de sus propósitos. La burguesía, en tren de crecimiento y de dominio, se apoderó de la ideología liberal en cuanto podía servir a sus intereses. Y hasta llegó alguna vez, como tal burguesía, a estar animada de un espíritu ampliamente liberal. Pero ya en el siglo XIX se manifiesta con claridad el divorcio entre la ideología liberal y los intereses de la burguesía. A medida que se iba convirtiendo en clase dominante, la burguesía fué perdiendo su ímpetu y su entusiasmo liberales. Y al producirse la declinación económica de una gran parte de esa misma burguesía, después de la guerra de 1914, se pudo ver cómo alentaba un verdadero resentimiento contra toda forma de liberalismo o, simplemente, de liberalidad. La reacción ha sido más aguda, desde luego, en aquellos países donde está más avanzado el proceso de su proletarización. Pero esa misma reacción antiliberal de la burguesía prueba que la identidad de liberalismo y burguesía no es tan absoluta.

Convertir el liberalismo en una ideología de clase es, por otra parte, desconocer el verdadero sentido que ha tenido y sigue teniendo, a pesar de sus vicisitudes, el movimiento liberal. Hay que distinguir, además —Ayala lo ha hecho en otras ocasiones—, el liberalismo como ideología simplemente política del liberalismo como actitud espiritual y ética. Y lo que importa —lo que hoy más importa— es afirmar, frente a las fuerzas oscuras e irracionales que lo combaten, el sentido ideal perdurable de liberalismo, por caducas que sean sus formas históricas. Su convicción progresista, su voluntad dignificadora, su fe en la educación, su confianza en la inteligencia y en la verdad, su exaltación del derecho y de la justicia. Y, sobre todo, su respeto por la personalidad libre del hombre. (Respeto por la persona, no por el individuo, para evitar uno de los equívocos más penosos en que ha incurrido, históricamente, el liberalismo.) Me parece injusto, también, que Ayala se ocupe sólo del liberalismo racionalista e individualista de los siglos XVII y XVIII. ¿Y el liberalismo romántico más vivo y más próximo a nosotros? De haberlo tenido en cuenta, quizás hubiera cambiado el cuadro histórico que Ayala nos traza del liberalismo.

De los cinco ensayos que componen el libro, el más valioso es, sin duda, aquel que trata del problema de la opinión pública. Fino estudio de lo que ha de entenderse por un régimen de opinión pública. Contribución ponderable al esclarecimiento de ese extraño e inasible concepto. No menos sagaz es el trabajo sobre Propaganda y Democracia en el que Ayala se ocupa del pavoroso fenómeno de la propaganda, arma embrutecedora y antiliberal con la que se aspira, no a ilustrar, educar o convencer, sino a deformar conciencias mediante la sugestión o la mecánica de los slogans. Según Ayala, la propaganda, tanto en el orden económico como en el político, es un hecho típico de la democracia de masas. El libro de Ayala se cierra con un ensayo sombrío y pesimista sobre el papel que cabe a los intelectuales en la crisis presente. No suscribo esta deprimente condenación de los intelectuales. Las perspectivas de la inteligencia, con ser inquietantes, no creo que sean tan desconsoladoras. Es posible que las tres salidas, sin salida, que Ayala ofrece a la inteligencia, no sean únicas. Quizás haya una cuarta salida verdadera.

int

ANÍBAL SÁNCHEZ REULET

Luis Alberto Sánchez: El pueblo en la revolución americana (Editorial Americalee, Buenos Aires, 1942). —

América era un mundo ignorado cuando, de las carabelas de Colón, surgió el grito de "¡Tierra!" Tierra de inmensas extensiones, de ríos, de selvas,

de llanuras feraces, de minas valiosísimas. Tierra de razas aborígenes y de civilizaciones autóctonas; y para los españoles que arribaban a ella con ansias de posesión y de gloria, tierra de posibilidades maravillosas.

Esta tierra sirvió de campo de experimento a España —o mejor dicho a los españoles— por espacio de trescientos años. Sobre este suelo de América se afanaron los hijos de la Península por conquistar y conservar. Esa larga brega que, teóricamente, se cierra el año 10, constituye un capítulo de historia que se presta para muchas interpretaciones.

América, conquistada, colonizada y "civilizada" por europeos no podía menos que lograr con el tiempo su independencia político-económica. Ello debía ocurrir por la influencia del suelo y por la acción del hombre. Es lo que sucedió. Tres siglos de posesión española dieron nacimiento a un continente de naciones libres, que conservaron con España el vínculo del idioma. Pero ¿cómo se produjo la independencia? ¿Qué raíces tuvo en el pueblo? ¿De dónde surgieron las ideas que cuajaron en estallidos revolucionarios? O ¿qué fundamentos raciales, clasistas o económicos tuvieron los "ruidos" de que hablan las crónicas y memoriales y los alzamientos de más enjundia? Es el tema de la obra de Luis Alberto Sánchez.

Refuta de entrada la afirmación de un período colonial indolente y dormilón. No hubo tal cosa. En la América conquistada reinó siempre el descontento. El conquistador no disfrutó un solo instante de esa paz que da el dominio total e incuestionable de una comarca. Le fué preciso luchar constantemente con el arma en la mano. Pero no siempre contra el aborigen —aunque éste nunca se mostró incondicional y sumiso; también hubo lucha entre españoles, divididos por sus diferencias regionales y por sus ambiciones desmedidas, que estallaban en tremendos choques.

La América hispánica llegó a la independencia en la alborada del siglo XIX, después de embates múltiples y variados. No podría asegurarse que la revolución americana se llevó a cabo bajo el signo de la lucha de clases, como lo formularon y preconizaron Marx y Engels. Pero en ella, entre otros factores, obró imperiosamente el factor económico. No hubo uniformidad de móviles en la revolución de América, en parte porque el elemento étnico difería de México a la Argentina o al Paraguay, en parte porque el factor climatérico y telúrico no era el mismo de una región a otra, y además porque las influencias extranjeras no llegaban en

igual grado a todas las zonas en que los españoles pretendían conservar su autoridad.

Por la misma vastedad del escenario de la revolución americana, así como por la multiplicidad y heterogeneidad de los elementos que actuaron en él, resultan estériles las tentativas de encauzar tal movimiento en estrechas fórmulas de teorías científicas, sean las que fueren. La revolución americana tuvo "precursores", como Miranda, "realizadores", como San Martín, y héroes que participaban igualmente de una y otra de las dos categorías, como Bolívar. Tuvo sus héroes humildes, como los curas Hidalgo y Morelos de México, sus defensores ilustrados como Mariano Moreno y Manuel Belgrano en la Argentina. Pero la revolución, en general, tuvo por héroe constante -desde el momento en que el conquistador holló el suelo americano— a la masa anónima, compuesta por un conglomerado de gentes sometidas al "bon vouloir", más o menos paternal o despótico, del mandón peninsular, fuese virrey, obispo o alto funcionario de la Recaudación. Integraban el conglomerado, el nativo, el negro, el mestizo, el mulato y el criollo, pues este último, hijo de la tierra, descendiente de españoles, por la situación inferior a que se veía reducido sentíase solidario del aborigen y de los demás grupos expoliados.

El pueblo en la revolución americana constituye un valioso aporte para la elucidación de los problemas relacionados con la emancipación americana. Utiliza sagazmente el autor la ya abundante bibliografía existente sobre el tema; y en su metódica exposición ofrece acceso a todas las sugerencias sobre las causas del movimiento, limitándose a señalar su disconformidad con aquellas que le parecen equivocadas. Por su parte, condensa su propia tesis al afirmar que si bien la crisis monárquica de España favoreció el estallido, no lo hizo nacer. "Existía latente —dice— de tiempo atrás. Existió siempre. Hubo en todo momento un hombre oprimido, agonista, pugnaz, en acecho de una oportunidad que no llegaba nunca. Cada vez que se abrió un resquicio se precipitó por él, buscando puerta, el alud de descontento, la avalancha de contenida indignación, que es la nota característica de los centenares de movimientos locales, en el que el descontento popular, por una causa u otra, se manifestó a lo largo de trescientos años".

8

El inmenso kaleidoscopio de la Historia brinda campo para la paciencia del acopiador de hechos, para la creación del artista y la síntesis del pensador. Luis

Alberto Sánchez traza cuadros de historia americana en que revela dotes de minucioso investigador, y funde en estilo original una visión propia de la evolución de la América hispana.

Louis M. Hacker: Proceso y triunfo del capitalismo norteamericano (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1942). —

El profesor de la Universidad de Columbia, autor de este libro, hace la reseña más ilustrativa y convincente de los sucesos que en tres centurias colocaron a su país en la cima del poder económico. Los Estados Unidos de Norteamérica cubrieron las etapas de su evolución a través de episodios múltiples y grandiosos. Pero las luchas que se iniciaron, desde el arribo de los primeros colonos hasta el apogeo de los reyes del acero y del petróleo, no siempre fueron luchas de ideas, sino luchas de intereses, que involucraban, a la vez, algunos de los ideales más arraigados en el alma de los pobladores.

Este y Oeste, Norte y Sur significaron, en el vocabulario de los Estados en formación, luchas por la posesión de la tierra y sus productos, embates por el predominio de tal o cual sistema de producción, contiendas políticas tendientes a imponer determinados intereses en pugna unos con otros.

El poderío económico de la gran nación del Norte se ha desarrollado en un ambiente de guerra constante, entre dos tendencias que podríamos llamar la aristocrática y la popular. La desigualdad se implantó de inmediato en las Colonias británicas del Nuevo Mundo. Éstas no fueron nunca una Arcadia. En ellas existió desde el principio la explotación más despiadada del negro y del "siervo blanco", así llamado por ser, en efecto, siervo traído de Europa y atado al amo por un contrato leonino. En las Colonias se volcó la hez de las prisiones y de los barrios más hediondos de las capitales europeas, lo cual, agregado al infernal tráfico de los negros de África —Inglaterra había logrado el monopolio de ese tráfico por el tratado de Utrecht—, constituía un mercado de mano de obra propicio para que los colonos puritanos, abroquelados en una moral tan rígida en la forma como acomodaticia en el fondo, crearan las situaciones sociales más antagónicas.

Siempre existió, además, el problema de la tierra, es decir, la pugna entre el latifundista y el pequeño labrador o el simple aspirante al lote de tierra que le permitiera vivir. Ya efectuada la Revolución de las Colonias surgieron, por otra parte, los conflictos planteados por la transformación de la economía, que requería cambios en el poder político. El sistema de los plantadores del Sur: algodón, tabaco y azúcar, cultivados con trabajo esclavo en inmensos feudos, trababa el desarrollo del capitalismo industrial del Norte: hierro, carbón, petróleo y sus productos, fabricados con trabajo libre. La lucha a muerte entre Norte y Sur, de la que mal de su grado hubo de ser héroe Abraham Lincoln, no fué una cruzada idealista, sino una contienda cuyos protagonistas eran factores materiales. En la guerra civil de 1861 a 1865, Norte contra Sur significaba capitalismo industrial contra capitalismo mercantil. Y no triunfó el Norte sólo por sostener la causa justa de la emancipación del negro, sino, en gran parte, porque la evolución económica de los Estados Unidos exigía la desaparición del predominio de los Estados sureños, no obstante su capital de tres mil millones de dólares invertidos en esclavos.

Tocó al presidente Lincoln proclamar la libertad de los negros, en plena guerra civil. Pero la décimocuarta enmienda constitucional, votada cuatro años más tarde (1866), que incluía la libertad y los derechos civiles de los negros, fué motivo de la más reñida controversia, porque en torno al concepto de "propiedad", que abarca el de personas y de cosas, arguyeron pro domo sua los representantes de la nueva forma de capital. Ahora eran los señores del riel y de la incipiente industria pesada quienes encauzaban las corrientes económicas de la nación.

El capitalismo mercantil se desentendía de la producción. Bajo su reinado prosperó la manufactura artesana. El capitalismo industrial, en cambio, organizó la producción en masa. Se constituyeron los consorcios monstruos y los trusts absorbentes, amenazando ahogar las energías individuales de las pequeñas empresas. La audacia de los nuevos amos de la economía de Estados Unidos no conoció límites. Todo fué para ellos objeto de especulación. Se crearon las concentraciones más formidables de capitales hasta entonces conocidas. Se levantaron las fortunas individuales más cuantiosas. Carnegie llegó a ser el prototipo de una nueva categoría social, que no necesitaba el cetro de los antiguos monarcas para reinar casi incondicionalmente.

Esta enorme acumulación de poder económico culminó en la tercera forma del capital conocida en Estados Unidos: el capital financiero, que opera desde los Bancos, se interesa solamente en los beneficios, permanece ajeno a los procesos de la producción, considerando cada operación en su estricto carácter bursátil, como si en ella no interviniesen las máquinas, ni las materias primas, ni los hombres.

Así había llegado a la cumbre el capitalismo norteamericano. Pero ¿había triunfado? Contesta el autor que había comenzado su impersonalización, y era el principio de su decadencia. Como potencia dedicada a la producción, el capitalismo norteamericano había triunfado, sin la menor duda. Pero sus dirigentes y poseedores se habían vuelto demasiado poderosos. La nación amenazada se volvió contra ellos; y con Roosevelt, propulsor del New Deal, se inició la reacción en forma de capitalismo de Estado. La economía del país debía ser controlada y orientada. De manantial de poder para los magnates del capital, como había sido hasta entonces, la conquista de las energías y de las riquezas naturales debía trocarse en fuente de bienestar para todos. Esto es, indiscutiblemente, el triunfo del capitalismo norteamericano.

El profesor Louis M. Hacker trata el asunto en forma erudita, con profusión de datos históricos y estadísticos. Su libro es un modelo dentro del tipo de producción intelectual que aborda los temas más áridos, sin resultar pesada.

ARTURO MONFORT

## Documentos

#### SOBRE ISRAEL1

El barón Hirsch acaba de morir. Ha dejado diecisiete millones de libras esterlinas. Era un buen hombre, y aun se asegura que un excelente judío. Muchos han sentido su muerte; otros, no los menos, han exclamado: "Revienta en buena hora, perro de Israel"; y el valiente Drummond harto de caridad cristiana, habrá seguramente tronado, alabando la justicia de las apoplejías. Entre nosotros se ha lamentado al barón, pues no pocos correligionarios suyos viven y trabajan por él en la República Argentina; pero no he dejado de escuchar que se tiran algunas piedras sobre el israelita, ya que, por tener de todo, no dejamos de poseer nuestro más o menos manifestado antisemitismo. Yo no como judío. Cristiano suelo comer, cuando es tonto; y si es venenoso, lo remojo antes en vinagre. Más hace el eminente M. Zola, quien según lo ha declarado, se desayuna con sapos vivos.

Yo no como judío; antes bien tengo por esa raza perseguida y errante, ciudadana de toda la tierra, con un libro por verdadera patria, una simpatía que me place claramente confesar; y me he sentido del lado de ese negro Menelik, cuando ha dicho en una carta a un pastor protestante: "Si en Europa son malos los judíos, será porque los europeos son peores".

El cura del cuento no quería que N. S. J. C. fuese judío. El Negus de Abisinia ama a los judíos "porque a ellos le debemos a N. S.", y porque "Él les perdonó en la cruz".

Cuenta De Quincey en sus Confesiones, que después de haber apurado cierta dosis de opio, la sola pronunciación de estas dos palabras latinas Consul romanus, evocaba en él la visión de los pactos y grandezas de la antigua Roma. Acontéceme que las palabras judío, hebreo, israelita, despiertan, en el opio del ensueño,

<sup>1</sup> En "La Tribuna", de Buenos Aires, se publicaron hace medio siglo —el 5 de octubre de 1893— estas olvidadas páginas de Rubén Darío.

para mí, distintas evocaciones de seres y sucesos lejanos, animado cada cuadro por su especial poesía.

Hebreo... Vastos éxodos, Moisés con su dos grandes cuernos luminosos; el viaje de un pueblo hacia una tierra mejor, perseguido por los carros de guerra del Faraón.

ISRAELITA... Desde luego, no sé por qué, se me encarna Israel en una de aquellas vírgenes que envueltas en largos mantos, iban con el cántaro al pozo. A lo lejos una perspectiva de palmeras, o un paso de dromedarios. Sarah, Raquel o Lía, se presentan con sus finos perfiles. Son seres que animó mi infancia en las láminas de las biblias, mujeres blancas y bellas cerca de los patriarcas barbudos y solemnes.

Junío... Inmediatamente surge el ghetto. Es la palabra de la abominación de la raza. Las precauciones y los padecimientos de la Edad Media; los desterrados de España, los maldecidos; los arrinconados de los barrios abyectos; los ancianos de narices en garfio y barbas de chivo, que prestan dinero a interés, los burgueses odiados, los tipos modernos caricaturizados por el lápiz parisiense. Mas la judía, siempre se me aparece llena de su hermosura antigua. Tras la cortina que disimula un oculto retrete, en el chiribitil, sonríe siempre una preciosa niña de grandes ojos orientales: es la mejor perla del avaro abuelo.

Y he conocido judías encantadoras como las más encantadoras cristianas.

Y luego, esos judíos son buenas gentes, por más que clame el odio secular contra ellos. El Negus tiene trescientos mil en su territorio, y son ellos los mejores ciudadanos. Es que el africano no les hostiga ni azuza jauría alguna contra sus piernas. No se les apedrea como en Rusia, ni se les desprecia ni odia como en casi todo el mundo occidental. Una vez escuché de boca de Charles Maurice, una explicación de la conducta del judío, comparativamente en Francia y Rusia. "El judío ruso, decía, es judío; el judío francés es francés". Ello por la misma causa que el judío abisinio es abisinio. En el país donde no se les hiere ni humilla, los judíos entran poco a poco a formar parte del cuerpo nacional. Son trabajadores, arreglados, honrados. Son gentes de hogar. Conozco yo matrimonio judío de veinte años, que sería envidia de muchos casados, bautizados con agua. La judía es hacendosa. El judío —y esto lo señalan como defecto—posee como nadie el arte de ganar dinero, y en todo aquello a que se aplica, tiene muchas probabilidades de lograr éxito Son cualidades de raza.

Hay malos entre ellos, como entre todos los hombres de la tierra, naturalmente. Mas se les juzga con injusticia. Un judas hubo judío, y en todos los judíos se ven judas. Es innumerable la cantidad de judas cristianos, pero cada cristiano se juzga un Cristo.

Después, nos han dado tan buenos poetas:

Non vale el azor menos por nascer en vil nío, nin los enxiemplos buenos por los decir judío.

Por un solo Heine circunciso, doy yo dos docenas de académicos intactos. Sarah, la de la voz de oro, hace amar la sinagoga.

Ah, la pobre España no tendría tiempo bastante para arrepentirse de haber expulsado a aquellos a quienes debiera gran parte de su vida intelectual. En este siglo casi toda la gloria es judía.

El autor de La France Juive, no hizo sino llamar la atención sobre la innumerable muchedumbre de hombres ilustres que pertenecen a la raza perseguida.

Y esa raza se ha esparcido sobre la tierra, como llevada por el viento misterioso. Hablan esos hombres todos los idiomas; tienen todas las patrias; la propia es la Biblia. Les ama la suerte; pero es que ellos se ayudan con la industria, la labor y la economía. Suelen humillar a los príncipes cristianos cuando sus millones son requeridos para los empréstitos; siendo los últimos según sus perseguidores, han llegado a colocarse como los primeros. El Rey de la tierra, del pintor ruso Schneider, tiene aspecto semítico, erguido junto a su trono. Sí, el Rey de la tierra es el judío, en medio de las befas, de los insultos, de las calumnias y de las envidias.

Samuel Behelibet ha caminado largo tiempo, tan largo tiempo, por haber negado al Salvador un poco de agua en el camino de la Cruz. Mas, para descansar, en cada ciudad del universo tiene un palacio.

El judío enseña hoy al creyente de Cristo la caridad verdadera, la fe verdadera y la esperanza verdadera.

Ellos, los judíos abominados y maldecidos, no olvidan su fe antigua, no prevarican, no discuten los mandamientos de Dios: hacen creer. Ellos, los judíos afrentados y burlados, no cejan, no se intimidan, caminan hacia la realización de una verdad cuya anunciación está incrustada en sus almas: saben esperar. Tienen un Aarón y un Hur para sostener los brazos de Moisés.

Ellos, los inventores de la letra de cambio, los sacerdotes del Dinero, los soldados de la bolsa y de la especulación, los perversos judíos, protegen a los necesitados, fundan hospitales, ayudan a sus hermanos miserables, saben amarse los unos a los otros.

Los cristianos también, diréis.

Ciertamente. Mas, ¿hay acaso muchos barones Hirsch entre los incircuncisos?

Parece que el millonario cristiano tuviese más amor al millón que el millonario judío. Yo miro morir millonarios bautizados, que dejan para los pobres el óbolo de la viuda.

El barón Hirsch tiene hoy corazones en la tierra, que ruegan al Señor del Cielo por él, desde la sinagoga, como desde el hogar, el campo, la colonia.

El Gran Dios le habrá acogido por bueno, y si lo halló limpio y digno de gloria, habrá dejado entrar al paraíso, haciendo pasar antes un camello por el ojo de una aguja, al compatriota de su divino Hijo Jesús.

### AL SEÑOR X. X., ANTISEMITA:

He leído señor, su atenta carta, y asimismo el artículo de información que ha publicado "La Prensa" de hoy, y que Vd. me ha remitido.

¿A qué negar a Vd. que estamos en completo desacuerdo? Como Vd., admiro el talento poderoso de Drummond, pero tengo en mi alma grandes simpatías por esa combatida raza, tan desgraciada y tan poética.

El barón Hirsch ha hecho una obra de bien; ha copiado sencillamente a Moisés. Se ha encarado con el faraón Miseria, ha movido su vara mágica de oro y ha conducido a esta tierra, una tierra prometida, a sus pobres israelitas perseguidos. Ellos vienen a cultivar el campo y a hacer dinero, ese precioso material de que está formada un ala del ángel Felicidad.

En cuanto a la base principal de su carta, le contestaré con palabras de mi ilustre amigo Charles Maurice: "Es la persecución lo que diferencia al judío, aislándole; pero desde que la persecución cesa, él se funde lentamente en la hu-

manidad. El judío francés es francés, el judío ruso es judío. La antropología nos enseña que toda raza trasplantada a otro clima, pierde poco a poco su tipo original y se adapta a su nuevo medio".

ż

Deseche, pues, sus temores y deseemos para esta fecunda y bella tierra argentina, elementos que la engrandezcan cada día más, como ellos sean dirigidos por la honradez y el trabajo.

RUBÉN DARÍO.

#### Revistas

En el volumen XVI de la Revista Cubana se publica un documentado estudio de Armando Alvarez Pedroso sobre el plan científico que adoptó Colón para descubrir el nuevo mundo. Hasta hace poco, el método seguido por los investigadores del problema colombiano consistía en negar todas las afirmaciones, cartas, mapas y documentos de Colón, de su hijo don Hernando, del Padre Las Casas, de sus amigos, enemigos, protectores, cartógrafos y cronistas. Puede vilipendiarse esta original metodología, pero hay que confesar que gracias a ella la historia del Almirante resultó mucho más amena: Cristóbal Colón no había nacido en Génova ni era hijo de unos modestos cardadores de lana, sino de judíos crípticos de Pontevedra, o de vascos, o de catalanes; no se había inspirado en la ciencia de su época, sino en las misteriosas revelaciones que le hizo un náufrago moribundo, etc.

Ahora, los historiadores han resuelto sorprendernos con verdades olvidadas; Cristóbal Colón resulta nacido en Génova e hijo de modestos cardadores de lana, lo que parece sensacional; como es lógico, se inspiró en la tradición greco-latina y en la ciencia de su tiempo. La versión escolar refiere que en una asamblea de astutos e ignorantes teólogos salmantinos, Colón les hace conocer su idea sobre la esfericidad de la Tierra. La verdad es que todo el mundo aceptaba esa teoría: lo que se discutía era el valor de la circunferencia terrestre y la distancia existente entre las costas de Portugal y las Indias. En esta famosa discusión, cuyos verdaderos términos se desconocen, es sin embargo probable que

los profesores de Salamanca tuviesen razón. Colón, en efecto, cometió varios errores.

El primero y más grande error fué, desde luego, el descubrimiento. El Almirante se basaba en los cálculos de Ptolomeo, que fijaban la longitud de la circunferencia terrestre en 180.000 estadios; las medidas que el propio Colón realizó no diferían gran cosa de esta cifra, que es muy inferior a la verdadera; otro alejandrino, Eratóstenes, había calculado 240.000 estadios, cifra sorprendentemente acertada; es probable que Colón no conociese esta medida o que la desechase por alejarlo de sus deseos tendientes a concebir la tierra lo más pequeña posible. Por otra parte, siguiendo las hipótesis de Aristóteles, Plinio y el profeta Esdrás, Colón asignó un valor muy inferior a la distancia existente entre la costa de Europa y la de Oriente; de acuerdo con sus cálculos, tal distancia sería de unas 700 leguas y bastaría con unas cinco semanas de navegación. Si se piensa que su viaje duró aproximadamente cuarenta días, es comprensible que Colón se aferrase a la idea de haber llegado a las Indias, cuando en realidad sólo había tropezado con un continente desconocido. De haber hecho caso a Eratóstenes, la tremenda distancia entre Europa y Asia lo habría disuadido seguramente de su proyecto.

En el número de septiembre de Partisan Review (Nueva York) H. J. Kaplan replica a Nicolás Calas y a su obra Confound the Wise, que prefiere titular Confound the Wiseguy. El autor, dice H. J. Kaplan, "es

un joven poeta griego que pocos años atrás confundió a los franceses con su obra Foyers d'Incendie".

Afirma Calas que "el surrealismo lucha con pasión, con obstinación, contra todos aquellos que en nuestros días de turbulencia tratan de mancillar la pureza de la poesía o de embrollar la brega por la liberación humana, reintroduciendo en la estética términos tan desagradables como poesía mística o apocalíptica". Ante esta declaración, comenta Kaplan: "El planteo, en sí mismo, es execrable, pero lo que me interesa en este momento es que Calas concluye su Introducción con una cita de San Juan de la Cruz, a quien llama "un gran poeta de la oscuridad, de una oscuridad llena con la luz de la inspiración". ¿Debemos concluir que Calas es enteramente irresponsable?"

Herbert Steiner contesta a E. R. Bentley, quien —en un artículo que comentamos en otro número— hablaba sobre la posible homosexualidad de Stefan George. Según Steiner, el verso "Das neue Heil Kommt nur aus neuer Liebe" alude a una estrofa de Pope y no expresa, por cierto, la doctrina amorosa de Stefan George.

3

监

t di

创

医系

5,5

曲

超

卿

治元

En el número 189 del Mercurio Peruano se publican varios artículos sobre San Juan de la Cruz, con motivo de celebrarse el cuarto centenario de su nacimiento. José Jiménez Borja establece un paralelo entre San Juan de la Cruz y Garcilaso: "De Garcilaso y su escuela no se desprende, sin embargo, sino esta melodía externa y el gusto por lo refinado del aire, la mórbida estilización del universo. El fondo proviene, más bien, de los libros bíblicos y más justamente del Cantar de los Cantares. Aunque nacido como Garcilaso en Castilla, la sensibilidad de San Juan de la Cruz es meridional; coincide con los opu-

lentos colores del paisaje andaluz y, por analogía, con el oriental de la poesía salomónica".

También Arturo Marasso, en el Nº 81 de Nosotros, estudia la poesía de San Juan de la Cruz y le asigna ocultas y lejanas influencias: Ovidio, Boscán, Garcilaso, Virgilio, Séneca, Salomón, Luis de Granada, Luis de León, quizás Ariosto.

Letras de Méjico (número 23) se refiere a los últimos premios discernidos por nuestra Comisión Nacional de Cultura: "Un grupo de escritores argentinos (Sur, Nº 94) ha encontrado en este incidente una coyuntura para expresar, más que su protesta contra la resolución de un jurado miope, su admiración por Borges. No conocemos a los autores premiados, pero conocemos a Borges: nos parece el más interesante escritor, el poeta más hondo y el crítico más exigente y arbitrario de la Argentina".

En Latinidad (enero de 1943):

"Adolfo Hitler. R. I. P. Falleció el mes de noviembre de 1942, confortado con los auxilios espirituales de Stalin, Churchill, Roosevelt y Chang-Kai-Shek. Su desconsolada esposa Italia, sus hermanos Mussolini, Hirohito, Petain, Laval y Franco, sus hijas Finlandia, Rumania, Hungría y Eslovaquia; sus parientes Goering, Ciano, Tojo, Ribbentrop, Suñer, y demás deudos, participan a Vd. su fallecimiento y que sus restos serán inhumados en las ruinas de la inmortal y heroica Stalingrado, lugar donde ocurrió el infausto acontecimiento. El cortejo partirá de Egipto y el Norte de África, desfilará por China, Inglaterra, España, Francia y Rusia. El duelo se despide por tarjeta. El Servicio a cargo de la casa Timoshenko y Cía., Calle Moscú entre Washington y Londres, altura Chung-Kin".

#### Comentarios

Con el fin de promover la aproximación y el mutuo conocimiento entre los estudiosos americanos de filosofía, el Departamento de Filosofía de la Universidad de Wisconsin designó recientemente un comité para que realizara los trabajos preliminares. El primer paso ha sido la creación del Center of Inter-American Philosophical Exchange, cuya presidencia ha sido ofrecida a Francisco Romero, de las universidades de La Plata y Buenos Aires. Al hacerlo objeto de esta distinción, el comité norteamericano manifiesta haber tenido en cuenta los esfuerzos y actividades de Francisco Romero, encaminados a la articulación del trabajo filosófico en los diversos países de América, en mérito a los cuales lo considera la persona más adecuada para regir la nueva entidad. Además, le encomienda la organización de la sección iberoamericana del centro. Anteriormente, Francisco Romero había sido invitado a dictar cursos en las universidades de Yale y Columbia, a participar como miembro de la comisión organizadora del Primer Congreso Interamericano de Filosofía, y a intervenir en la sesión final de la Asociación Filosófica Americana. También ha sido nombrado miembro de la mesa directiva de la International Phenomenological Society, e integrante de los comités de dos de las más importantes revistas filosóficas de los Estados Unidos.

Es sabido que el llamado arte abstracto fué prohibido en Alemania. Hitler, en persona, fijó los cánones a que deben someterse las artes plásticas, estableciendo entre otras cosas que los pintores, como medio de promover la natalidad, debían pintar un mínimo de cuatro hijos en todos los cuadros que representaran escenas de familia. Ahora, acaso siguiendo las recomendaciones platónicas (La República, libro tercero), el doctor Goebbels ha hecho prohibir cierta clase de música poco apta para provocar y celebrar la ocupación de pueblos indefensos. Están excomulgados, Händel, Mendelsohn, Mahler, Tchaikoewsky, Mussorgsky, Rimski-Korsakow, Anton Rubinstein, Strawinsky, Schostakowitz, Schönberg, Hndemith, y, en general, todos los músicos modernos.

#### Noticiario

Buenos Aires. La Jefatura de Policía prohibe el congreso que iba a realizar la Junta contra los Monopolios y pro Abaratamiento de la Vida.

Zurich. Fué asesinado el general Lukov, ferviente nazi búlgaro.

Londres. Fué asesinado C. van Ravenzwaai, alcalde de Utrech y ministro de Asuntos Sociales del gobierno nazi en Holanda. Con la muerte del general Seyffardt y del Dr. H. Reydon, son tres los colaboradores de Alemania ejecutados por el pueblo holandés.

Berlín. Goebbels declara que el Führer no pronunció su discurso en el aniversario de la ascensión nazi al poder, porque estaba meditando en Berchtesgaden.

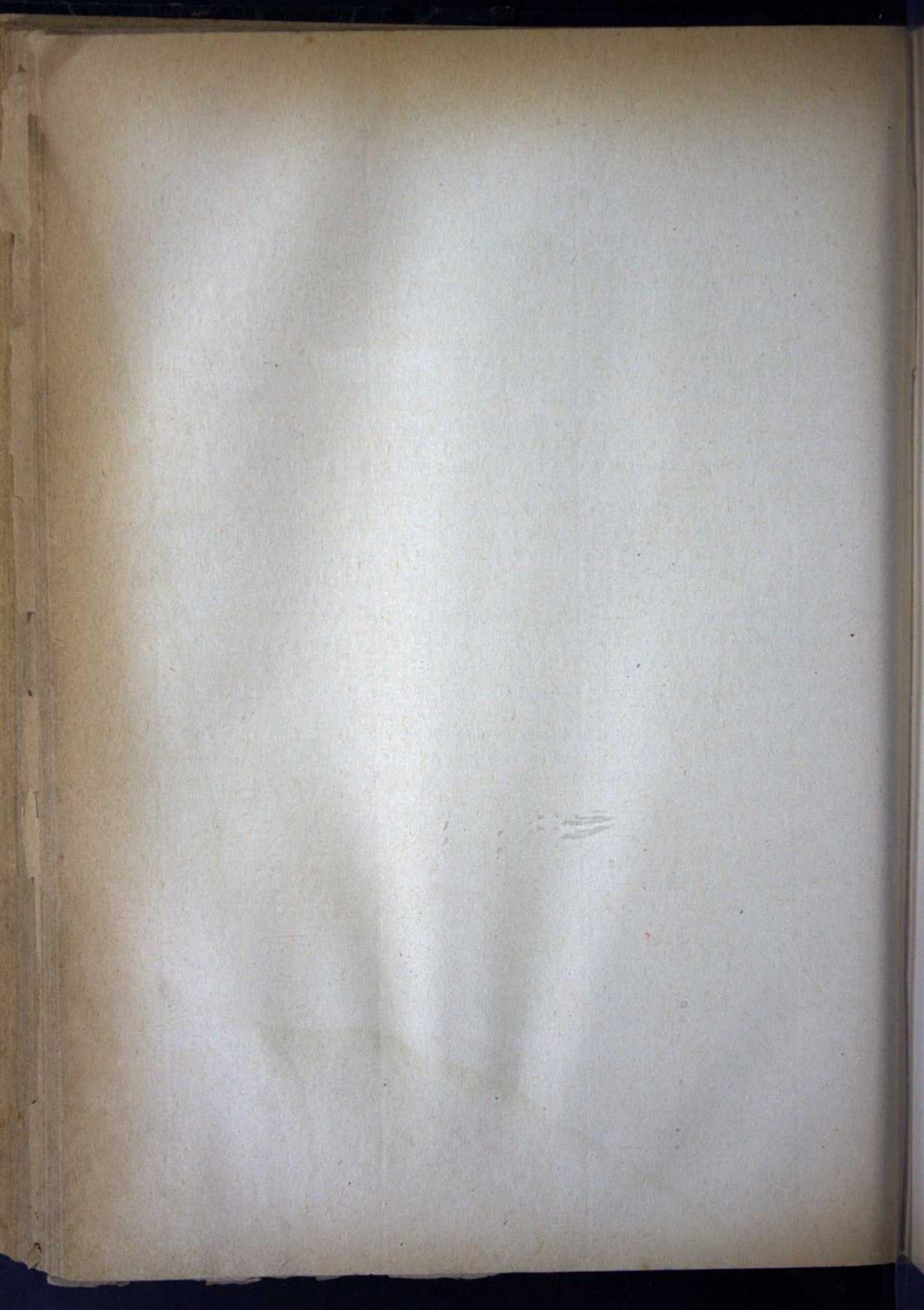
Roma. El caballero Piacentini, miembro de la Real Academia, afirma que "los anglosajones

- se equivocan cuando no quieren admitir que la civilización latina siempre se ha renovado, contra toda adversidad, a través del turismo y el Renacimiento".
- Londres. El Empire News estima que cada discurso de Hitler cuesta alrededor de 85.000 libras, incluyendo los gastos de sus comentadores y exégetas, y los de transmisión, traducción y grabación de discos para la posteridad.
- Londres. Vladislav Sikorski expresó que el período de los diez últimos años, desde que Hitler llegó al poder, constituye "el decenio más sombrío de masacre, crueldad, engaño y asesinato que el mundo haya conocido jamás".
- París. Las mujeres no pueden usar pantalones sin previa autorización del Comando Nazi. Río de Janeiro. "Me siento aliviada al saber que Chile no aparecerá separada de América como nación evadida de la prueba del sacrificio común de las Américas", dice Gabriela Mistral.
- París. Laval disuelve la Legión Tricolor para formar una nueva organización que "dará a los franceses la posibilidad de convertir en hechos sus deseos revolucionarios y patrióticos".
- Berlín. Al doctor Goebbels le preocupa el porvenir del Imperio Británico, en caso que los alemanes no puedan contener a los rusos. Este conocido amigo de la nación inglesa agregó en su discurso: "Tal vez haya en Londres algunos hombres bien inspirados, capaces de imaginar lo que el triunfo de Rusia significaría para Gran Bretaña".
- Vichy. Una bomba incendió el local de Doriot en Niza. Con éste alcanza a 15 el número de centros similares destruídos desde noviembre.

tă.

臨

- Bruselas. Fué ejecutado por los alemanes el padre Paul Firket, párroco de la iglesia de la Santa Cruz de Lieja.
- Santiago de Chile. Se anuncia la llegada de un poderoso cometa, con fines aparentemente expiatorios. El Dr. Gaviola, del Observatorio de Córdoba, informa que se trata de un cometa apócrifo.



# ÍNDICE

	Pág.
Égloga nocturna, por Eduardo González Lanuza	7
El milagro secreto, por Jorge Luis Borges	13
A mundi incunabulis, por Francisco Romero	21
La tumba de Leandro, por J. R. Wilcock	41
Convalescencia en primavera, por Juan G. Ferreyra Basso	43
El cuarto vacío (conclusión), por Charles Morgan	46
NOTAS	
Los Libros — Poesía - Silvina Ocampo: "Enumeración de la patria", por Jorge Luis Borges	64
Vicente Barbieri: "La columna y el viento", por Carlos  Mastronardi	68
Drama - Leo Ferrero: "Quand les hommes rêvent", por Ernest Ansermet	71
Ensayos - Francisco Ayala: "El problema del liberalismo", por Aníbal Sánchez Reulet	75
Luis Alberto Sánchez: "El pueblo en la revolución americana". Louis M. Hacker: "Proceso y triunfo del capita-	
lismo norteamericano", por Arturo Monfort	77
Documentos: Sobre Israel, por Rubén Dario	83
Calendario, por Ernesto Sábato	88

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir integra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 037921. Título de marca Nº 159.436. ESTE CENTÉSIMO PRIMERO NÚMERO DE "SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA VEINTISIETE DE FEBRERO DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y TRES EN LA IMPRENTA LÓPEZ, PERÚ 666, BUENOS AIRES

The state of the s